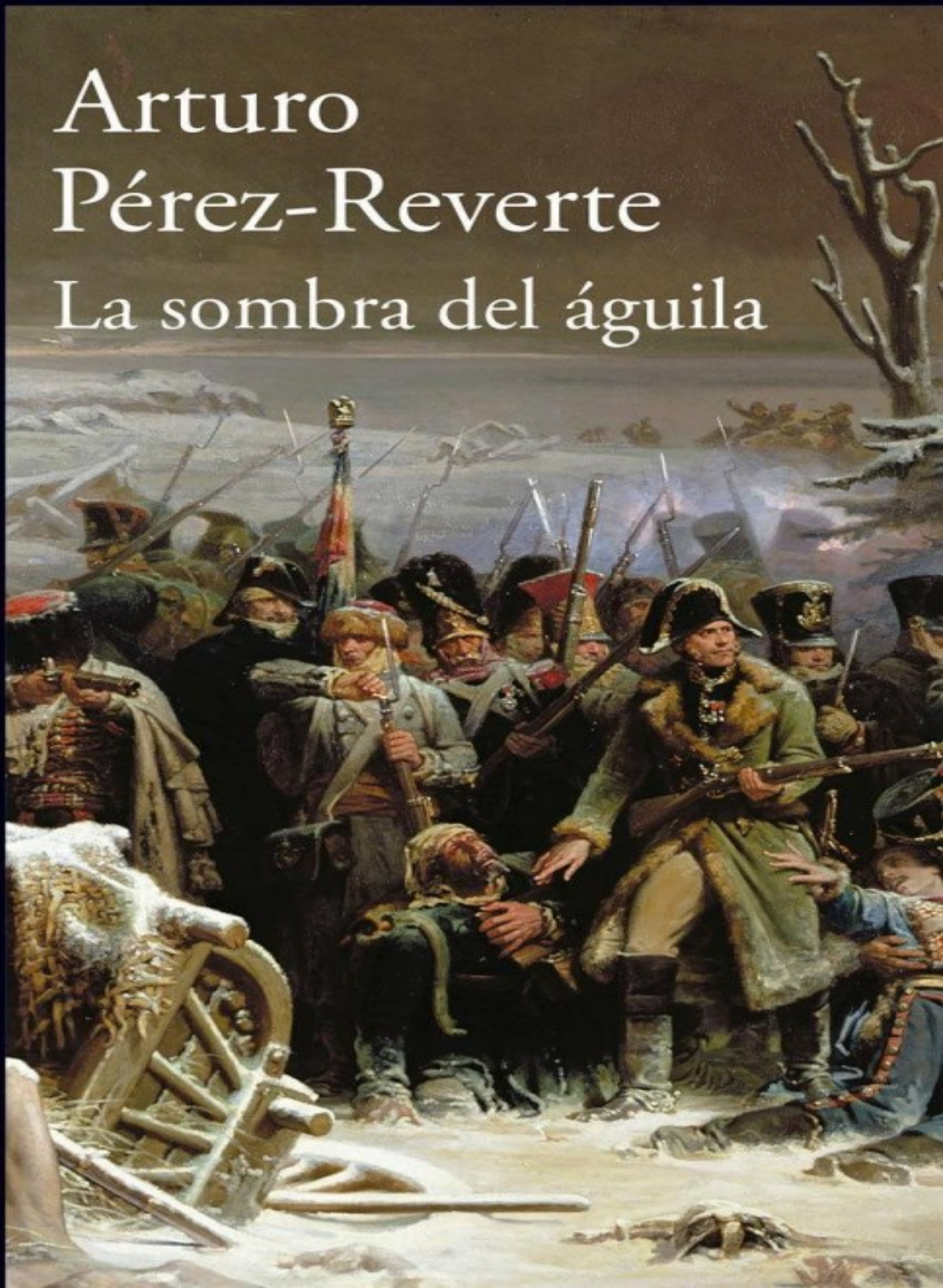
ALFAGUARA

Arturo Pérez-Reverte

La sombra del águila



Narrativa Hispánica BIBLIOTECA ARTURO PÉREZ-REVERTE

La sombra del águila narra una historia ficticia basada en un hecho real: durante la campaña de Rusia de 1812, en un combate adverso para las tropas napoleónicas, un batallón de antiguos prisioneros españoles, enrolados a la fuerza en el ejército francés, intenta desertar, pasándose a los rusos. Interpretando erróneamente el movimiento, el Emperador lo toma por un acto de heroísmo y ordena en su auxilio una carga de caballería que tendrá imprevisibles consecuencias.

Este relato breve fue publicado en el diario *El País* en agosto de 1993, mientras Arturo Pérez-Reverte cubría, como reportero, el conflicto de Bosnia. Bajo su tono desgarrado, lúcido, divertido y trágico a un tiempo, el autor desvela una descarnada y mordaz visión de la guerra y la condición humana.

Arturo Pérez-Reverte

La sombra del águila

ePub r1.4
05.07.2022

A Fernando Labajos, que era mi amigo y no llegó a general.

Y a la memoria del cabo Belali Uld Marahbi, muerto en combate en Uad Ashram, 1976.

I. El flanco derecho

Estaba allí, de pie sobre la colina, y al fondo ardía Sbodonovo. Estaba allí, pequeño y gris con su capote de cazadores de la Guardia, rodeado de plumas y entorchados, gerifaltes y edecanes, maldiciendo entre dientes con el catalejo incrustado bajo una ceja, porque el humo no le dejaba ver lo que ocurría en el flanco derecho. Estaba allí igual que en las estampas iluminadas, tranquilo y frío como la madre que lo parió, dando órdenes sin volverse, en voz baja, con el sombrero calado, mientras los mariscales, secretarios, ordenanzas y correveidiles se inclinaban respetuosamente a su alrededor. Sí, Sire. En efecto, Sire. Faltaba más, Sire. Y anotaban apresuradamente despachos en hojas de papel, y batidores a caballo con uniforme de húsar apretaban los dientes bajo el barbuquejo del colbac y se persignaban mentalmente antes de picar espuelas y salir disparados ladera abajo entre el humo y los cañonazos, llevando las órdenes, quienes llegaban vivos, a los regimientos de primera línea. La mitad de las veces los despachos estaban garabateados con tanta prisa que nadie entendía una palabra, y las órdenes se cumplían al revés, y así nos lucía el pelo aquella mañana. Pero él no se inmutaba: seguía plantado en la cima de su colina como quien está en la cima del mundo. Él arriba y nosotros abajo viéndolas venir de todos los colores y tamaños. *Le Petit Caporal,* el Pequeño Cabo, lo llamaban los veteranos de su Vieja Guardia. Nosotros lo llamábamos de otra manera. El Maldito Enano, por ejemplo. O *Le Petit Cabrón*.

Le pasó el catalejo al mariscal Lafleur, siempre sonriente y untuoso, pegado a él como su sombra, quien igual le proporcionaba

un mapa, que la caja de rapé, que le mamporreaba sin empacho fulanas de lujo en los vivacs, y blasfemó en corso algo del tipo sapristi de la puttana di Dio, o quizá fuera lasaña di la merda di Milano; con el estruendo de cañonazos era imposible cogerle el punto al Ilustre.

—¿Alguien puede decirme —se había vuelto hacia sus edecanes, pálido y rechoncho, y los fulminaba con aquellos ojos suyos que parecían carbones ardiendo cuando se le atravesaba algo en el gaznate— qué diablos está pasando en el flanco derecho?

Los mariscales se hacían de nuevas o aparentaban estar muy ocupados mirando los mapas. Otros, los más avisados, se llevaban la mano a la oreja como si el cañoneo no les hubiera dejado oír la pregunta. Por fin se adelantó un coronel de cazadores a caballo, joven y patilludo, que había estado abajo: ida y vuelta y los ojos como platos, sin chacó y con el uniforme verde hecho una lástima, pero en razonable estado de salud. De vez en cuando se daba golpecitos en la cara tiznada de humo porque aún no se lo creía, lo de seguir vivo.

—La progresión se ve entorpecida, Sire.

Aquello era un descarado eufemismo. Era igual que, supongamos, decir: «Luis XVI se cortó al afeitarse, Sire». O: «El príncipe Fernando de España es un hombre de honestidad discutible, Sire». La progresión, como sabía todo el mundo a aquellas alturas, se veía entorpecida porque la artillería rusa había machacado concienzudamente a dos regimientos de infantería de línea a primera hora de la mañana, sólo un rato antes de que la caballería cosaca hiciera filetes, literalmente, a un escuadrón del Tercero de Húsares y a otro de lanceros polacos. Sbodonovo estaba a menos de una legua, pero igual daba que estuviese en el fin del mundo. El flanco derecho era una piltrafa, y tras cuatro horas de aguantar el cañoneo se batía en retirada entre los rastrojos humeantes de los maizales arrasados por la artillería. No se puede ganar siempre, había dicho el general Le Cimbel, que mandaba la división, cinco segundos antes de que una granada rusa le arrancara la cabeza, pobre y bravo

imbécil, toda la mañana llamándonos muchachos y valientes hijos de Francia, *tenez les gars,* sus y a ellos, la gloria y todo eso. Ahora Le Cimbel tenía el cuerpo tan lleno de gloria como los otros dos mil infelices tirados un poco por aquí y por allá frente a las arruinadas casitas blancas de Sbodonovo, mientras los cosacos, animados por el vodka, les registraban los bolsillos rematando a sablazos a los que aún coleaban. La progresión entorpecida. Agárreme de aquí, mi coronel.

—¿Y Ney? —el Ilustre estaba furioso. Por la mañana le había escrito a Nosequién que esperaba dormir en Sbodonovo esa misma noche, y en Moscú el viernes. Ahora se daba cuenta de que todavía iba a tardar un rato—. ¿Qué pasa con Ney?

Aquella era otra. Las tropas que mandaba Ney habían tomado tres veces a la bayoneta, y vuelto a perder en memorable carnicería —línea y media en el boletín del Gran Ejército al día siguiente—, la granja que dominaba el vado del Vorosik. Por allí se nos estaban colando los escuadrones de caballería rusos uno tras otro, como en un desfile, todos invariablemente rumbo al flanco derecho. Que a esas horas aún se llamaba flanco derecho como podría llamarse Desastre Derecho o Gran Matadero Según Se Va A La Derecha.

Entonces, empujando una gruesa línea de nubes plomizas que negreaba en el horizonte, un viento frío y húmedo empezó a soplar desde el este, abriendo brechas en la humareda de pólvora e incendios que cubría el valle. El Ilustre extendió una mano, requiriendo el catalejo, y oteó el panorama con un movimiento semicircular —el mismo que hizo ante la rada de Abukir cuando dijo aquello de «Nelson nos ha jodido bien»— mientras los mariscales se preparaban lo mejor que podían para encajar la bronca que iba a caerles encima de un momento a otro. De pronto el catalejo se detuvo, fijo en un punto. El Enano apartó un instante el ojo de la lente, se lo frotó, incrédulo, y volvió a mirar.

—¿Alguien puede decirme qué diantre es eso?

Y señaló hacia el valle con un dedo imperioso e imperial, el que había utilizado para señalar las Pirámides cuando aquello de los

cuarenta siglos o —en otro orden de cosas— el catre a María Valewska. Todos los mariscales se apresuraron a mirar en aquella dirección, e inmediatamente brotó un coro de mondieus, sacrebleus y nomdedieus. Porque allí, bajo el humo y el estremecedor ronquido de las bombas rusas, entre los cadáveres que el flanco derecho había dejado atrás en el desorden de la retirada, en mitad del infierno desatado frente a Sbodonovo, un solitario, patético y enternecedor batallón con las guerreras azules de la infantería francesa de línea, avanzaba en buen orden, águila al viento y erizado de bayonetas, en línea recta hacia el enemigo.



Hasta el Ilustre se había quedado sin habla. Durante unos interminables segundos mantuvo la vista fija en aquel batallón. Sus rasgos pálidos se habían endurecido, marcándole los músculos en las mandíbulas, y los ojos de águila se entornaron mientras una profunda arruga vertical le surcaba el entrecejo, bajo el sombrero, como un hachazo.

—Se han vu-vuelto lo-locos —dijo el general Labraguette, un tipo del Estado Mayor que siempre tartamudeaba bajo el fuego y en los burdeles, porque en la campaña de Italia lo había sorprendido un bombardeo austríaco en una casa de putas—. Completamente lo-locos, Si-Sire.

El Enano mantuvo la mirada fija en el solitario batallón, sin responder. Después movió lento y majestuoso la augusta cabeza, la misma —evidentemente— en la que él mismo se había ceñido la corona imperial aquel día en Notre-Dame, tras arrancarla de las manos del papa Clemente VII, inútil y viejo chocho, ignorante de con quién se jugaba los cuartos. Fíate de los corsos y no corras. Que se lo preguntaran, si no, a Carlos IV, el ex rey de España. O a Godoy, aquel fulano grande y simpaticote con hechuras de semental. El macró de su legítima.

—No —dijo por fin en voz baja, en un tono admirado y reflexivo a la vez—. No son locos, Labraguette —el Petit se metió una mano entre los botones del chaleco, bajo los pliegues del capote gris, y su voz se estremeció de orgullo—. Son soldados, ¿comprende…? Soldados franceses de la Francia. Héroes oscuros, anónimos, que con sus bayonetas forjan la percha donde yo cuelgo la gloria… —sonrió, enternecido, casi con los ojos húmedos—. Mi buena, vieja y fiel infantería.

Iluminada fugazmente desde su interior por los relámpagos de las explosiones, la humareda del combate ocultó por un momento la visión del campo de batalla, y todos, en la colina, se estremecieron de inquietud. En aquel instante, la suerte del pequeño batallón, su epopeya osada y singular, la inutilidad de tan sublime sacrificio, acaparaban hasta el último de los pensamientos. Entonces el viento arrancó jirones de humo abriendo algunos claros en la humareda, y todos los pechos galoneados de oro, alamares y relucientes botonaduras, todos los estómagos bien cebados del mariscalato en pleno, exhalaron al unísono un suspiro de alivio. El batallón seguía allí, firme ante las líneas rusas, tan cerca que en poco tiempo llegaría a distancia suficiente para cargar a la bayoneta.

—Un hermoso su-suicidio —murmuró conmovido el general Labraguette, sorbiéndose con disimulo una lágrima. A su alrededor, los otros mariscales, generales y edecanes asentían graves con la cabeza. El heroísmo ajeno siempre conmueve una barbaridad.

Aquellas palabras rompieron el estado de hipnosis en que parecía sumido el Ilustre.

—¿Suicidio? —dijo sin apartar los ojos del campo de batalla, y soltó una breve risa sarcástica y resuelta, la misma del 18 Brumario, cuando sus granaderos hacían saltar por la ventana a los padres de la patria pinchándolos con las bayonetas en el culo—. Usted se equivoca, Labraguette. Es el honor de Francia —miró a su alrededor como si despertara de un sueño y alzó una mano—. ¡Alaix!

El coronel Alaix, que coordinaba las misiones de enlace, dio un paso al frente y se quitó el sombrero. Era un individuo de ascendencia aristocrática, relamido y pulcro, que lucía un aparatoso mostacho rizado en los extremos.

—¿Sire?

—Averígüeme quiénes son esos valientes.

—Inmediatamente, Sire.

Alaix montó a caballo y galopó ladera abajo, mientras todos en la colina se mordían los galones de impaciencia. Al poco rato estaba de vuelta, sin aliento, con un agujero en mitad de la escarapela tricolor que lucía en el emplumado sombrero. Saltó del caballo antes de que éste se detuviera encabritado entre una nube de polvo, imitando la pose del jinete de cierto conocido cuadro de Gericault. Alaix tenía fama de numerero y fantasma, y nadie lo tragaba en el Estado Mayor. A todos los mariscales les habría encantado verlo partirse una pierna al desmontar.

El Ilustre lo fulminaba con la mirada, impaciente.

—¿Y bien, Alaix?

—No se lo va a creer, Sire —el coronel escupía polvo al hablar—. No se lo va a creer.

—Lo creeré, Alaix. Desembuche.

—No se lo va a creer.

—Le aseguro que sí. Venga.

—Es que es increíble, Sire.



—Alaix —el Ilustre daba impacientes golpecitos sobre el cristal del catalejo—. Le recuerdo que al duque de Enghien lo hice fusilar por menos de eso. Y que con esa mierda de flanco derecho deben de quedar cantidad de vacantes de sargento de cocinas…

Los generales se daban con el codo y sonreían, cómplices. Ya era hora de que le metieran un paquete a aquel gilipollas. Alaix suspiró hondo, hundió la cabeza entre los entorchados de los hombros y se miró la punta del sable.

—Españoles, Sire.

El catalejo fue a caer entre las botas del Ilustre. Un par de mariscales de Francia se abalanzaron a recogerlo, con presencia de ánimo admirable pero estéril. El Enano estaba demasiado boquiabierto para reparar en el detalle.

—Repita eso, Alaix.

Alaix sacó un pañuelo para secarse la frente. Le caían gotas de sudor como puños.

—Españoles, Sire. El 326 batallón de Infantería de Línea, ¿recuerda…? Voluntarios. Aquellos tipos que se alistaron en Dinamarca.

Como obedeciendo a una señal, todos cuantos se hallaban en lo alto de la colina miraron de nuevo hacia el valle. Bajo los remolinos

de humo, en filas compactas entre las que relucían sus bayonetas, haciendo caso omiso del diluvio de fuego que levantaba surtidores de tierra y metralla a su alrededor, marchando a través de los rastrojos de maizal sembrados de cadáveres, el 326 batallón de Infantería de Línea —o sea, nosotros— proseguía imperturbable su lento avance solitario hacia los cañones rusos.

II. El 326 de Línea

Hasta ese momento habíamos tenido suerte: las granadas rusas pasaban altas, roncando sobre nuestros chacós, con una especie de *raaas-zaca* parecido al rasgarse de una tela, antes de reventar con un ruido sordo, primero, y algo parecido a una pila de objetos de hojalata cayéndose después. *Cling clang*. Hacían como cling clang y eso era lo malo, porque en realidad el ruido lo levantaba la metralla saltando de acá para allá: algo muy desagradable. Y aunque aún no habíamos tenido impactos directos sobre la formación, de vez en cuando alguno de nosotros lanzaba un grito, llamaba a su madre o blasfemaba, yéndose al suelo con una esquirla en el cuerpo. Poca cosa, de todos modos; apenas seis o siete heridos que, en su mayor parte, se incorporaban cojeando a las filas. Era curioso. Otras veces, al primer rasguño que justificara el asunto, cualquiera de nosotros se quedaba tumbado, dispuesto a quitarse de en medio. Pero aquella mañana, en Sbodonovo, nadie que pudiera tenerse en pie se quedaba atrás. Hay que ver lo que son las cosas de la vida.



Había un humo de mil diablos, y nos estrechábamos cada uno contra el hombro del compañero, apretando los dientes y las manos crispadas en torno al fusil con la bayoneta calada. Raas-zaca-bum-cling-clang una y otra vez, y nosotros procurando mantener el paso y la formación a pesar de lo que estaba cayendo. Varias filas por delante veíamos el sombrero del capitán García, buen tipo, un chusquero valiente, pequeñajo y duro como la madre que lo parió, de Soria, con aquellas patillas enormes, de boca de hacha, que casi le tapaban la cara. Raas-zaca-bum-cling-clang. Llevaba el sable en alto y de vez en cuando se volvía a gritarnos algo, pero con aquel jaleo no se oía un carajo, mi capitán, lo único que teníamos claro era adónde íbamos y para qué. A esas alturas suponíamos que los franchutes y los rusos y hasta el emperador de la China habrían visto ya nuestra maniobra y que algo tenía que pasar, pero con tanto humo y tanta leche no teníamos forma de saber lo que ocurría alrededor. Menos mal que a los artilleros ruskis debía de habérseles ido la mano con el vodka, porque tiraban fatal, y nosotros, los del segundo batallón del 326 de Línea, agradecíamos el humo que nos protegía un poco de vez en cuando.

Raaas-zaca-bum. Tanto va el cántaro a la fuente. Cling-clang. La primera granada que nos acertó de lleno hizo un agujero en el ala

izquierda de la formación y convirtió en casquería surtida al sargento Peláez y a dos fulanos de su pelotón. Pobre sargento. Todo aquel largo camino, de Écija a Dinamarca por la antigua ruta de los Tercios, y la encerrona de Seelandia, y el campo de prisioneros, y Europa a pinrel para terminar palmando frente a Sbodonovo como un idiota, con el Enano y sus mariscales allá atrás en la colina, mirándote por el catalejo. En julio de 1808, cuando el primer motín de la División del Norte contra las tropas francesas —hasta ese momento aliadas—, fue Peláez quien le voló el cerebro de un pistoletazo al comandante Dufour, el gabacho adjunto, que era un perfecto cantamañanas. Habían llegado órdenes de Bernadotte y Pontecorvo para que los quince mil españoles destacados en Dinamarca jurásemos lealtad a Pepe Botella, es decir, José Bonaparte, hermano del Petit Cabrón, y varios de los regimientos dijimos que ni hasta arriba de jumilla. Que éramos españoles y que los alonsanfán verdes las habían segado. Déjennos volver a España y que cada chucho se lama su propio órgano, mesié, dicho en fino, o sea. Entonces, con la tropa medio amotinada, a Dufour no se le ocurrió otra cosa que darnos el cante con su acento circunflejo:



—¡Peggos espagnoles! ¡Tgaidogues…! ¡Jugaguéis fidelidad al Empegadog y al gey de Espagna Gosé Bonapagte o seguéis fusilados!

En ese plan se puso el franchute. Y a todo esto el coronel Olasso, que era un poco para allá, o sea afrancesado, dudaba entre una cosa y otra. Que si Dufour tiene razón, que si esto y que si lo otro, que si nuestro honor es la disciplina. Total: venga a marear la perdiz. Entonces Peláez solucionó la papeleta yéndose derecho a Dufour y alumbrándole la sesera sin decir esta boca es mía, y al coronel se le quitaron las dudas de golpe. Y es que no hay nada como un buen pistoletazo a bocajarro en el momento oportuno. Es mano de santo.

Raas-zaca-bum-cling-clang. Allí seguían los cañones rusos dale que te pego, y nosotros cada vez más cerca. El pobre Peláez se iba quedando atrás, charcutería fresca entre los maizales quemados, y había llovido mucho desde el follón de Dinamarca. Ustedes no están en antecedentes, claro, pero en su momento aquello dio mucho de qué hablar. Podría resumirse la historia en pocas líneas: Godoy lamiéndole las botas al Enano, Trafalgar, alianza hispano-francesa, quince regimientos españoles destacados en Dinamarca bajo el mando del marqués de La Romana, dos de mayo en Madrid y resulta que los aliados se convierten en sospechosos. Y el Emperador con la mosca tras la oreja.

—Vigílemelos, Bernadotte.

—A la orden, Sire.

—Esos hijoputas ya son difíciles como aliados, así que cuando sepan que les estamos fusilando a los paisanos para que los pinte al óleo ese tipo, Goya, figúrese la que nos pueden organizar.

—Me lo figuro, Sire. Gente bárbara, inculta. Vuestra Majestad sabe lo que necesitan: un rey justo y noble, como vuestro augusto hermano José.

—Deje de darme coba y mueva el culo, Bernadotte. Lo hago a usted responsable.

Fue más o menos así. A todo esto, nosotros estábamos dispersos un poco por aquí y por allá guarneciendo Jutlandia y Fionia. Había pasado ya el tiempo feliz de las cogorzas de ginebra y las Gretchen rubias, de caderas confortables, que nos revolcábamos —a menudo ellas a nosotros— en los pajares locales. Ahora se olía próxima la

chamusquina, las Gretchen se encerraban en sus casas con los legítimos, y los barcos ingleses patrullaban la costa sin que nosotros tuviésemos muy claro si había que darles candela cumpliendo órdenes o pedirles que nos recibieran a bordo para ir a España. El caso es que a partir de mayo los gabachos empezaron a desconfiar de nuestros contactos con los británicos. Que si usted le ha enviado un mensaje a aquel barco inglés. Que a usted qué coño le importa, Duchamp, lo que yo envíe o deje de enviar. Que si tal y que si cual, mondieu. Que yo me carteo con quien me da la gana. Que si su honog de soldado, Magtinez. Que si me voy a tener que cagar en tus muertos, franchute de mierda. Total. Empezaron a detener oficiales, a desarmar unidades y a exigirnos juramento de lealtad, que a esas alturas era como pedirle peras al olmo. En vista del panorama, La Romana nos hizo jurar que permaneceríamos fieles a Fernando VII y que íbamos a intentar llegar a España como fuera, para ajustarles allí las cuentas a los gabachos.

—Nos abrimos, López. Disponga la evacuación.

—A la orden, mi general.

—Hay que largarse con lo puesto y aprisa, así que avise a los jefes y oficiales. El plan es capturar Langeland y concentrar en la isla a nuestros quince mil hombres para embarcar en la flota inglesa y salir por pies.

—Espero que los británicos cumplan su palabra, mi general.

—Eso esperamos todos. Sería muy incómodo liar la que vamos a liar para quedarnos en tierra.

—Viva España, mi general.

—Que sí, que viva. Pero espabile.

Fue bonito para quienes lo lograron. Nos hicimos con Langeland en un golpe de mano y todas las unidades dispersas por la costa danesa recibieron orden de acudir allí como quien acaba de patear un avispero. Los primeros en llegar fueron los del Batallón Ligero de Barcelona, y siguieron otros, infiltrándose entre las líneas y guarniciones francesas, desarmando a sus adjuntos gabachos y a las tropas danesas que no se quitaban de en medio. En varias ocasiones

hubo que aplicar sin contemplaciones el sistema Peláez, pero el caso fue que entre el 7 y el 13 de agosto, en una de las mayores evasiones de la historia militar —el tal Jenofonte sólo se largó de Persia con ochocientos diez hombres más—, nueve mil ciento noventa españoles lograron llegar a Langeland para embarcar en los buques ingleses. Lo malo es que otros cinco mil ciento setenta y cinco nos quedamos a medio camino: los Regimientos de Guadalajara y Asturias —apresados por los daneses en Seelandia tras el motín donde Peláez disparó su pistoletazo—, el Regimiento del Algarve —atrapado en la ratonera de Jutlandia—, el destacamento que el mariscal Bernadotte tenía incorporado a su guardia personal, los heridos y los rezagados, amén de algunas pequeñas unidades que, como la nuestra, la sección ligera del Regimiento Montado de Villaviciosa, tuvieron mala suerte.

Lo cierto es que los de la Ligera estuvimos a punto de conseguirlo. Llegamos a la costa con el resto del regimiento y los daneses y los mondieus pegados a los talones, bang-bang y todo el mundo corriendo, maricón el último, para averiguar que los barcos daneses en los que íbamos a atravesar el brazo de mar hasta la isla se habían rajado, dejándonos sin transporte. Nuestros antiguos aliados estaban a punto de echarnos el guante como a los compañeros del Algarve, abandonados por sus jefes y conducidos hasta el embarcadero por un oscuro capitán con muchas agallas, el capitán Costa, donde tuvieron que rendirse —después de que Costa se pegara un tiro— cercados por los franchutes y sus mamporreros daneses. A nosotros estaba a punto de ocurrirnos lo mismo, pero nuestro coronel Armendáriz, que a pesar de ser barón los tenía bien puestos y no estaba dispuesto a pudrirse en un pontón gabacho, ordenó echar los caballos al agua y cruzar el canal nadando, agarrados a las crines y a las sillas. Y allá fue el regimiento. Algunos se ahogaron, otros fueron alejados por la corriente, o les fallaron las fuerzas. Nosotros, los de la sección ligera, recibimos la orden de sacrificarnos para proteger a los que se iban.

—Te ha tocado, Jiménez. Cubrís la retirada.

—No jodas.

—Como te lo cuento.

Y allí nos quedamos a regañadientes, en la playa, cubriendo la retaguardia, aguantando como pudimos más por el qué dirán que por otra cosa, peleando a la desesperada hasta que la mayor parte del Villaviciosa estuvo a salvo en la isla. Entonces los pocos de nosotros que sabían nadar echaron a correr para tirarse al agua con los últimos caballos, a probar suerte, aunque de éstos ya no llegó ninguno. El resto hicimos de tripas corazón, levantamos los brazos y nos rendimos.

Fuimos a Hamburgo, a inaugurar un campo de prisioneros nuevecito y asqueroso, para comernos cuatro años a pulso, con otros infelices deportados de la guerra de España. Tiene gracia: después, cuando Napoleón se cayó con todo el equipo, los alemanes juraban y perjuraban que ellos siempre estuvieron contra el Petit Cabrón. Pero había cantidad de ellos en el ejército gabacho. En Hamburgo, sin ir más lejos, nos vigilaban centinelas alemanes y franceses, y cuando alguno de nosotros lograba evadirse, eran los vecinos de los pueblos cercanos los que muchas veces nos denunciaban, o nos devolvían al campo a patadas en el culo. Ahora tengo entendido que allí nadie recuerda que haya habido nunca un campo de prisioneros españoles en Hamburgo, y es que los Fritz son estupendos para el paso de la oca, pero andan siempre fatal de memoria. En fin. El caso es que estábamos bien jodidos en nuestro campo de prisioneros cuando, en 1812, al Enano va y se le ocurre invadir Rusia. Cuando se preparan invasiones a gran escala, la carne de cañón se cotiza bien. Así que los veteranos de la División del Norte que habíamos sobrevivido al frío, el tifus y la tuberculosis, tuvimos nuestra oportunidad: seguir pudriéndonos allí o combatir con uniforme gabacho.

—A ver. Voluntarios para Rusia.

—¿Para dónde?

—Para Rusia.

Dos mil y pico preguntamos dónde había que firmar. Después de todo, de perdidos al río.

En cuanto a ríos, con la *Grande Armée* habíamos terminado vadeando unos cuantos. La santa Rusia estaba llena de rusos que nos disparaban y de malditos ríos donde nos mojábamos las botas. Antes del Moskova y Moscú, el último era aquel Vorosik que circundaba en parte Sbodonovo, por cuyo vado seguían colándose los escuadrones de cosacos que tenían el flanco derecho francés hecho una piltrafa, mientras en su colina del puesto de mando el Petit nos miraba admirado por el catalejo, preguntándole a Alaix quiénes coño éramos esos tipos estupendos que, a pesar de la que nos estaba cayendo encima, avanzábamos imperturbables, en perfecto orden, hacia las líneas enemigas.

Y sin embargo, la respuesta era sencilla. En medio del desastre del flanco derecho del ejército napoleónico, cruzando los maizales batidos por la artillería rusa, en formación y a paso de ataque, los cuatrocientos cincuenta españoles del segundo batallón del 326 de Infantería de Línea, no efectuábamos, en rigor, un acto de heroísmo. Para qué vamos a ponernos flores a estas alturas del asunto. La cosa era mucho más simple: ningún herido que pudiera andar se quedaba atrás, y avanzábamos en línea recta hacia las posiciones rusas, porque estábamos intentando desertar en masa. Aprovechando el barullo de la batalla, el segundo del 326, en buen orden y con tambores y banderas al viento, se estaba pasando al enemigo. Con dos cojones.

III. La sugerencia del mariscal Murat

Total. Que estábamos allá abajo, a dos palmos de las líneas rusas y aguantando candela mientras intentábamos pasarnos al enemigo como el que no quiere la cosa, y desde su colina, sin percatarse de nuestras intenciones, el Estado Mayor imperial nos tomaba por héroes. Los generales se miraban unos a otros sin dar crédito a lo que estaban viendo. Regardez, Dupont. Oh-la-la les espagnols, quién lo iba a decir. Siempre protestando, que si ésta no es su guerra, que si vaya mierda de rancho, y ahora mírelos, atacando en plena derrota, con un par. Nomdedieu. Quién lo hubiera dicho cuando los alistamos para Rusia casi a la fuerza, o esto o pudrirse en Hamburgo. Y se daban unos a otros palmaditas en la espalda porque así, desde su punto de vista, no era para menos, con aquel flanco derecho que estaba literalmente hecho trizas, maizales humeantes llenos de muertos como si alguien se hubiera estado paseando por allí con una máquina de picar carne, los cañones de los Iván dale que te pego y el segundo del 326 siempre adelante, recto hacia el enemigo con la que estaba cayendo. Oh, les espagnols. Que son braves, los tíos. Quién nos lo iba a decir, Dubois. Vivir para ver. Togueadogues, eso es lo que son. Unos togueadogues.

Por su parte, el Enano no nos quitaba ojo. Cada vez que el humo de las granadas rusas cubría el valle frente a Sbodonovo, arrugaba la frente imperial pegándose el catalejo a la cara, inquieto por la suerte del pequeño batallón solitario que aguantaba el tipo frente a las

líneas enemigas donde todos sus anfansdelapatrí habían salido por piernas. Ese gesto lo repetía a cada instante, pues aquella mañana los artilleros ruskis quemaban pólvora con entusiasmo, y con tanta granada y tanto raas-zaca-bum y tanto *pobieda tovarich* en el flanco derecho, había ratos en que el Petit y su Estado Mayor tenían la misma visión del flanco en cuestión que podía tener una fuente de salmonetes fritos. La verdad es que, desde aquella colina, el panorama del campo de batalla era impresionante: maizales chamuscados que humeaban, filas azules en retirada por la derecha o sosteniendo la línea en el centro y a la izquierda, los campos salpicados de manchitas azules más pequeñas, individuales e inmóviles. Heridos y muertos a granel, casi tres mil a aquellas alturas del asunto, y todavía quedaba tajo para un buen rato. De pronto los cañones del zar soltaban una andanada en condiciones, las filas azules del 326 desaparecían bajo la humareda, y todo el mundo en la colina, bordados y entorchados en pleno del mariscalato imperial, contenía el aliento imitando al fulano de capote gris y enorme sombrero que oteaba el paisaje con el ceño fruncido. Después, un poco de brisa abría claros entre el humo para mostrarles al 326 que proseguía su avance en buen orden, el Petit sonreía un poco, así, a su manera, torciendo la boca como si acabara de confirmar una corazonada, y todos los pechos galoneados en oro, todos los comparsas que lo rodeaban a la espera de un ducado en Holstein, una pensión vitalicia o un enchufe para su yerno en Fontainebleau, suspiraban a coro compartiendo solícitos su alivio, mais oui, Sire, voila les braves y todo eso.

—Los va-van a de-descuartizar —tartamudeó el general Labraguette, resumiendo el pensamiento de los que estaban en la colina.

Labraguette era el optimista del Estado Mayor imperial, así que la cosa estaba clara. El 326 tenía por delante menos futuro que María Antonieta la mañana que le cortaron el pelo en la Conciergerie. Sin embargo, al oír a Labraguette decir aquello, el Enano se puso el catalejo bajo el brazo y apoyó el mentón en un puño, frunciendo el

ceño. Era el gesto que siempre ponía para salir en los grabados y ganar batallas, y solía costarle a Francia entre cinco y seis mil muertos y heridos cada vez.

—Hay que hacer algo por esos héroes —dijo por fin—. ¡Alaix!

—A la orden, Sire.

—Envíeles un mensaje para que retrocedan honorablemente. No merece la pena que se hagan matar de ese modo… Y usted, Labraguette, busque a alguien de la División Borderie para que proteja su retirada.

Labraguette dudaba en abrir la boca.

—Me te-temo que es imposible, Sire —se aventuró por fin.

—¿Imposible? —el Enano lo miraba con la simpatía de doce mosquetones en un pelotón de fusilamiento—. Esa palabra no existe en el diccionario.

Labraguette, que a pesar de ser general era un tipo leído, miraba al Ilustre, perplejo.

—Yo ju-juraría que sí, Sire. Imposible: algo que no es po-posible.

—Le digo que no existe —el Enano fulminaba a Labraguette con la mirada—. Y si esa palabra existe, cosa que dudo, va usted a la Academia y me la borra… ¿Se entera, Labraguette?



Labraguette ya no estaba perplejo. Ahora se retorcía una patilla con visible angustia.

—Na-naturalmente, Sire.

—Los listillos me repatean el hígado, Labraguette.

—Di-disculpad, Sire —el general había pasado ya del estado de angustia al estado viscoso—. Fue un ma-malentendido. Ejem. Un la-lapsus lingüe.

—Por un lapsus parecido a ese trasladé al coronel Coquelon a Sierra Morena, en España. Por allí anda, echando carreras por el monte con los guerrilleros.

—Glu-glups, Sire.

—Bien. ¿Qué pasa con la división Borderie?

—Que el 202 de Línea se lo he-hemos enviado a Ney a reconquistar la gr-gr-granja del Vorosik, Sire.

El Ilustre echó un vistazo en esa dirección y soltó entre dientes una de sus maldiciones corsas, algo del tipo mascalzone dil fetuccine de la puttana. Entre las llamas de la granja y la humareda de los maizales, junto al vado del Vorosik se veía algo azul mezclado con el centelleo de los sables de la caballería cosaca. En ese momento, el 202 de Línea no estaba para reforzar a nadie.

—¿Y qué hay del 34 Ligero?

—Hecho po-polvo, Sire. Ba-bajas del sesenta por ci-ciento.

—¿Qué me dice del 42 Regimiento de Granaderos a Caballo?

—Eso era ayer por la ma-mañana, Sire. Ahora son gr-granaderos a pie y apenas su-suman una co-compañía.

—¿Y el tercero de Dragones de Florencia?

—Pues corriendo van todos, Sire —Labraguette tragó saliva, señalando la dirección opuesta al campo de batalla—. Camino de Florencia.

El Ilustre miró al cielo y maldijo en arameo durante diez minutos sin que nadie osara interrumpirlo. Algo así como cazzo dil saltimboca de la madre que los parió y qué he hecho yo para merecer esto. Domingueros. Eso es lo que son todos. Unos domingueros de mierda que me van a hacer perder la batalla.

—Hay que hacer algo —dijo por fin, cuando recobró el aliento—. No puedo dejar solos a esos bravos allá abajo. Españoles o no, si luchan bajo mis águilas son hijos míos. Y mis hijos —hizo una pausa,

y pareció que su mirada aquilina perforaba la humareda de pólvora del flanco derecho— son hijos de Francia.

El mariscalato en pleno mostró su aprobación con los murmullos apropiados. Hijos de Francia, naturalmente. Ése era el término justo. Brillante juego de palabras, Sire. Esa agudeza corsa, etcétera. El Enano cortó en seco el rumor de la claque levantando enérgico una mano.

—¿Alguna sugerencia? —preguntó, dirigiendo una mirada circular a los miembros de su Estado Mayor. Todos carraspearon adoptando gestos graves, igual que si tuviesen las sugerencias a montones en la punta de la lengua, pero nadie dijo esta boca es mía. La última vez que el Ilustre había hecho esa pregunta, en Smolensko, el general Cailloux había aconsejado «una táctica de flanqueo astuta como una zorra». Ejecutada sobre el terreno y encomendada a Cailloux su ejecución, la táctica había terminado convirtiéndose en un movimiento de retirada rápido como una liebre. Ahora, si es que aún continuaba vivo, degradado a capitán, Cailloux seguía un cursillo acelerado de tácticas de flanqueo sobre el terreno y en primera línea. Concretamente, en algún lugar del jodido flanco derecho.

—¡Murat!

El mariscal Murat, emperifollado como para un desfile, se cuadró con un taconazo. Iba de punta en blanco, con uniforme de húsar y entorchados hasta en la bragueta. Se rizaba el pelo con tenacillas y lucía un aro de oro en una oreja. Parecía un gitano guaperas vestido por madame Lulú para hacer de príncipe encantado en una opereta italiana.

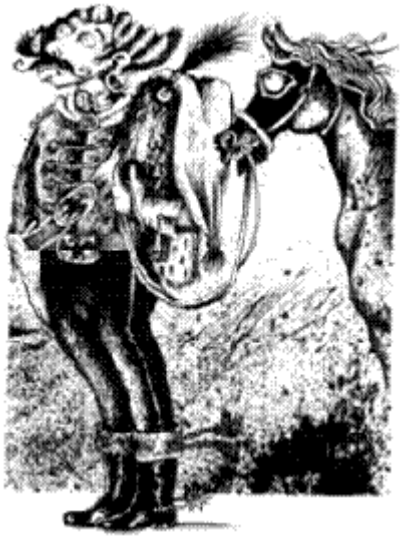
—¿Sire?

El Enano hizo un gesto con la mano que sostenía el catalejo, en dirección al humo que en ese momento ocultaba de nuevo las filas azules del 326.

—Piense algo, Murat. Inmediatamente.

—¿Sire?

—Es una orden.



Murat arrugó el entrecejo y se puso a pensar, con visible esfuerzo. Era valiente como un choto joven, y punto. Lo suyo eran las cargas, la masacre, la vorágine. Le había costado mucho hacerse perdonar por el Ilustre su brillante gestión de orden público el 2 de mayo de 1808 en Madrid. *Esto lo arreglo yo con dos escopetazos, Sire*, había escrito, eufórico, ese mismo día a las doce de la mañana. Todavía se atragantaba al recordar cómo después, cuando fue a rendir cuentas a su despacho de Fontainebleau, el Enano le había hecho comerse la famosa carta, a pedacitos.

—Estoy esperando, Murat.

El Enano se golpeaba el faldón del capote gris con el catalejo, impaciente, y los generales y mariscales asistían a la escena con mal disimulado regocijo, esperando por dónde se arrancaba el de los rizos. A ver si el niño bonito sugería también una táctica de flanqueo astuta como el pobre Cailloux. Voluntarios ni al rancho, rezaba el viejo dicho de cuartel. A ellos se la iban a dar, viejos chusqueros, con la mili que llevaban a cuestas desde el 92, el que más y el que menos ya era sargento cuando el Petit cazaba talentos en el sitio de Tolon y ellos asaltaban trincheras inglesas a la bayoneta, le-jour-de-gluar y todo eso, los buenos tiempos republicanos antes del Consulado y el Imperio y tanto ascender y amariconarse y echar tripa. Tampoco había llovido desde entonces, ni nada. Quién nos ha

visto y quién nos ve, Laclós, ahora con galones y entorchados, mirando el flanco derecho por catalejo, o sea.

—Murat.

—Sí, Sire.

—Sugiera algo de una puñetera vez.

Se daban con el codo los mariscales, como cuando el coronel Alaix estuvo a punto de ganarse un paquete a la vuelta del reconocimiento. Lo bueno de esas cosas era que cuando el Petit estaba de malas, el escalafón corría que daba gusto. El secreto estaba en cerrar la boca, la gueule, mon vieux, y pasar desapercibido. Mire a Murat, Lafleur, el rato que está pasando. El Rizos a punto de cagar las plumas. Seguro que sugiere una carga de caballería. Murat siempre está sugiriendo cargas. Tienen la ventaja de que se hacen en línea recta. No hay que calentarse mucho la cabeza, y después uno sale estupendo en los óleos de Meissonier. No hay como una carga de caballería para quedar bien delante del Enano.

—Sugiero una carga, Sire.

Los mariscales se guiñaban el ojo. Ya se lo dije, Leschamps, etcétera. Más simple que el mecanismo de un sonajero. El Ilustre miró un par de segundos a Murat y después señaló hacia la humareda del valle con el pulgar, por encima del hombro.

—Perfecto. Hágalo.

El Rizos tragó saliva, con ruido. Una cosa era sugerir que alguien echara una galopada por el flanco derecho, y otra muy distinta descubrir que era él quien llevaba todas las papeletas en la tómbola.

—¿Perdón?

El Enano lo miró de arriba abajo. Tardó un rato.

—Parece un poco sordo esta mañana, Murat. ¿No acaba de proponerme una carga…? Pues suba a su caballo, póngase al frente de unos cuantos escuadrones, saque el sable y échele una mano a aquellos valientes del 326. Ya sabe. Tatarí tatarí. Usted tiene práctica en eso.

Murat hizo de tripas corazón, dio otro taconazo, se puso el colbac y subió a caballo. A media legua, al otro lado de la colina, estaban Fuckermann con el Cuarto de Húsares y Baisepeu con dos regimientos de caballería pesada con las corazas y los cascos reluciendo entre la hierba, acero bruñido como un espejo —fróteme eso, Legrand— listo para cubrirse de polvo y de sangre según las ordenanzas. Así que, de perdidos al Vorosik, se fue para ellos con un trotecillo corto y elegante, la mano en la cadera y la pelliza bailándole con garbo sobre el hombro izquierdo, con todo el Estado Mayor imperial viéndolo irse, las cosas como son, Laclós, cenutrio y hortera sí que es, el tío, pero los tiene bien puestos. Y además, una suerte de cojón de pato. Igual hasta le sale bien la maniobra.

—Conspicua gesta —apuntó el general Donzet—. Aunque resulte estéril, será hermosa.

Y suspiró hondo, dramático, para la posteridad. Donzet siempre lo hacía todo pensando en la posteridad, un auténtico pelmazo que, por otra parte, nunca acertaba un pronóstico. Se escurría el magín durante horas y horas hasta idear una frase lapidaria, y las soltaba, a veces sin venir a cuento, con la secreta esperanza de que alguna terminase figurando en los libros de Historia. Es de justicia consignar que lo consiguió, por fin, tres años más tarde, en Waterloo. Aquello de «Wellington está acabado, Sire. Muy mal se nos tiene que dar», lo dijo él. Fino estratega.

IV. La gitana del comandante Gerard

Cuentan los libros, al referirse a la campaña de 1812 en Rusia, que acudiendo en socorro de un batallón aislado —el nuestro—, Murat dirigió en Sbodonovo una de las más heroicas cargas de caballería de la Historia, ya saben, mucho sus y a ellos, galope de caballos y un zas-zas de sablazos entre humo y toques de corneta. Después llega Gericault, es un suponer, pinta con eso un cuadro que van y cuelgan en el Louvre, y entonces todo el mundo, oh, celui-la, mondieu que es hermosa la guerra, tan heroica y demás.



Heroica mis narices, Dupont. Estábamos nosotros, si ustedes recuerdan, los del segundo batallón del 326 de Línea, a unas

quinientas varas de las líneas rusas, y los de las primeras filas nos preguntábamos ya cómo diablos podía hacerse, en mitad de aquel fregado, para demostrarle al enemigo que íbamos en son de paz, dispuestos a pasarnos a sus filas con armas y bagajes. A esas alturas ya no quedaba en el regimiento ningún jefe ni oficial francés que lo impidiera. El primer batallón, compuesto por italianos y suizos, había sido aniquilado junto al Vorosik. El resto del 326 lo componíamos los del segundo, y en cuanto a jefes y oficiales no españoles el asunto estaba resuelto desde hacía rato, porque justo antes de largarnos hacia el Iván, aprovechando el barullo cuando el flanco derecho empezó a irse al carajo, tanto el coronel Oudin como el comandante Gerard habían recibido cada uno su correspondiente tiro por la espalda. Una cosa limpia, bang y angelitos al cielo, más que nada por evitar que entorpecieran la maniobra. Lo del coronel era lo de menos, porque el tal Oudin era una mala bestia, normando, creo recordar, que no se fiaba ni de su padre, uno de esos que estaba todo el día dale que dale con lo de «peggos espagnoles, necesitáis disciplina» y cosas por el estilo. Ya cuando el paso del Niemen, Oudin había hecho fusilar a media docena de compañeros que intentaron tomar las de Villadiego y volver a España por su cuenta. Así que nadie lamentó verlo pararse de pronto, echar una mirada perpleja a la formación que marchaba cerrada a su espalda, y caer redondo en los maizales como un saco de patatas, el hijo de la gran puta, siempre dando la barrila como aquel idiota de comandante, Dufour, a quien el sargento Peláez le alumbró la sesera de un pistoletazo cuando el primer motín de Dinamarca.

Total, que pasamos por el maizal junto al fiambre del coronel y también junto al del comandante Gerard. Aquello sí era una lástima porque Gerard no era mala gente, sino uno de esos franchutes alegres y amables que había combatido en España, mayo de 1808 en el parque de Monteleón —una escabechina que nos contaba con detalle, admirado del valor de nuestros paisanos—, y escapado después de Bailén por los pelos, cuando Castaños hizo que el

ejército gabacho, con todos sus entorchados y sus águilas invictas, se comiera una derrota como el sombrero de un picador.

—Que conste, guenegal Castanios, que me guindo pog evitag deggamamiento de sangge…

—Que sí, hombre, que sí. Venga, entrégueme la espada de una vez.

Gerard tuvo la suerte de salir como correo, a caballo, cruzando entre enjambres de guerrilleros que bajaban del monte como lobos a un festín, y el desastre lo cogió al otro lado de Despeñaperros, evitándole ir a pudrirse a Cabrera con el resto de sus compañeros franceses. Pobre Gerard. Mala suerte: salvar el pellejo en Bailén, cruzar Despeñaperros sin que los guerrilleros se hicieran unas borlas para el zurrón con sus pelotas, para terminar con un tiro nuestro en la espalda, justo en el momento en que se disponía a volverse para decirnos vamos, chicos, será duro pero nos queremos unos a otros, hagamos un esfuerzo más, qué coño. Estamos intentando construir Europa y todo eso. En fin. Adiós al valiente Gerard, franchute que hablaba español y le gustaba sentarse a vivaquear con nosotros escuchando la guitarra de Pedro el cordobés y que una vez, nos contaba, se tiró a una española guapísima en el Sacromonte, una gitana de ojos verdes con la que aún soñaba en las noches al raso de esta jodida Rusia. Y ahora pasábamos a su lado, tendido en el maizal tras haberle pegado un tiro, y nuestro único homenaje era apartar la vista para no encontrar sus ojos abiertos como un reproche.



Raas-zaca-bum. Cling-clang. Otra granada rusa reventó a la izquierda, tirándonos encima metralla y cascotes, y alguien gritó en las filas sacar de una maldita vez una jodida bandera blanca porque los ruskis nos van a freír como sigamos así. Pero el tambor mantenía el ritmo de paso de ataque porque el plan era aguantar hasta el límite como si de veras estuviésemos atacando, con el águila al viento y toda la parafernalia, sin descubrir el pastel por si las cosas se torcían en el último momento. Nadie deseaba terminar como aquellos ciento treinta desgraciados del regimiento José Napoleón, entre Vilna y Vitebsk y hasta arriba ya de tanta marcha y tanta contramarcha y tanta *Grande Armée*, y tanto cascarles a los Popof. A fin de cuentas, como nuestros paisanos allá abajo, los ruskis se limitaban a defender su tierra contra el Enano y los mariscales y toda la pandilla de mangantes de París, los Fouchés y los Talleyrand, con sus medallas y sus combinaciones de salón y toda su mierda bajo los encajes y las medias de seda y las puntillas. No era un trabajo simpático, aunque teóricamente íbamos ganando nosotros, o nuestros casuales aliados franchutes. Te cepillabas un regimiento ruso y después, al rematar a los heridos a la bayoneta, veías las caras de campesinos que te recordaban a tus paisanos de Aragón o de La Mancha. *Niet, niet*, te rogaban los desgraciados, *tovarich, tovarich*, y levantaban desde el suelo las manos ensangrentadas, llorando. Algunos no eran más que críos con los mocos y los ojos

desorbitados por el miedo, y a veces tú hacías como que dabas el bayonetazo, pinchando un terrón, o su mochila, y procurabas pasar de largo, pero otras tenías encima del cogote la mirada de algún jefazo gabacho, ya sabéis mes enfants, nada de cuartel. *Pas de quartier*. Se han cargado al general Nosequiencogne, y hay que vengarlo facturando a unos cientos de estos eslavos. Eso de vengar a los generales tenía lo suyo: cuando palmaba uno con gorro de plumas todo era hay que vengarlo y demás, que si el honor de la *Grande Armée* y todo eso. Pero a los cientos de desgraciados de a pie que cascábamos a diario en la tropa podían perfectamente darnos *boudin*, que es como en el ejército franchute llaman a la morcilla. Total. Que tú andabas por allí, tomando, es un suponer, el reducto de Borodino a puro huevo, y habías dejado en el camino y en el asalto a trescientos compañeros y no pasaba nada. Pero si los Iván le habían dado candela a uno de nuestros generales, siempre había un gilipollas que gritaba lo de *pas de quartier* cuando algún oficial estaba cerca de ti para comprobar cómo ejecutabas la orden, y bueno, pues suspirabas hondo y le metías al *niet tovarich* que se rendía la bayoneta por las tripas, y santas pascuas.

El caso es que entre Vilna y Vitebsk algunos de los españoles de Dinamarca ya estábamos hasta las polainas de todo aquello, y además las noticias que llegaban desde España no eran como para levantarnos la moral de combate: iglesias saqueadas, mujeres a las que compañías enteras se pasaban por la piedra, los sitios de Gerona y Zaragoza, la resistencia de Cádiz, los ingleses en la Península y la guerra de guerrillas. O sea, todo cristo luchando allí para echar a los gabachos, y nosotros con su uniforme y su bandera, acuchillando rusos sin que nadie nos hubiese dado vela en aquel entierro, que a poco que nos descuidáramos iba a ser el nuestro. La mayor parte lamentábamos ya no habernos quedado de prisioneros en Hamburgo, porque a ver con qué cara llegábamos a España cuando ya estuviese liberada, contándoles que habíamos estado luchando en Rusia con el otro bando. Imagínense la papeleta. Nosotros no queríamos, nos obligaron, etcétera. Se lo juro a usted,

señor juez. Eso si llegábamos hasta un juez, aunque fuera el de un consejo de guerra. Porque vete a contarle eso a un ex contrabandista de Carmona que lleva cuatro o seis años echado al monte, degollando franceses con la cachicuerna después de que le ahorcaran al padre, le mataran a la mujer y le violaran a la hija. Seguro que si asomábamos por allí las orejas, con nuestro currículum íbamos derechos de Hendaya o Canfranc al paredón. Eso, rápido y con mucha suerte si le caíamos en gracia al del Carmona. Menudos eran nuestros paisanos.

Total que, entre Vilna y Vitebsk, ciento y pico españoles, no del 326 sino de otro regimiento, el José Napoleón, intentaron abrirse por las bravas. Salió mal la cosa y terminaron por meter la pata del todo al disparar sobre los franceses encargados de cortarles el paso. Así que, tras rendirse, los hicieron formar y fusilaron a uno de cada dos, por sorteo. Tú sí, tú no. Tú sí, tú no. Carguen, apunten, bang. Después nos hicieron desfilar junto a los fiambres para que el paisaje sirviera de escarmiento. Aquella noche, en el vivac, ni siquiera Pedro el cordobés tuvo ganas de tocar la guitarra, y el comandante Gerard se pasó todo el rato callado, por una vez sin darnos la paliza con la historia de su gitana de ojos verdes.

Así nos fuimos acercando a Moscú, cada vez más convencidos de pasarnos a los rusos a la primera ocasión. Después de la carnicería de Borodino estuvo más claro que nunca: treinta mil bajas nosotros entre muertos y heridos y sesenta mil los rusos. Aquello fue excesivo, y algunos mariscales empezaron a murmurar que el Ilustre estaba perdiendo los papeles. Y si los de los galones y entorchados se mosqueaban, pues figúrense nosotros, que nos habíamos comido el baile de cabo a rabo. Así que los españoles del 326 fuimos corriendo la voz, hay que quitarse de en medio a la primera ocasión, pero con más tacto. El aniquilamiento de nuestro primer batallón en Sbodonovo puso las cosas más fáciles, de modo que convencimos al capitán García, le arreglamos el cuerpo al coronel Oudin y al pobre comandante Gerard, y nos fuimos hacia los Iván aprovechando la coyuntura. El problema residía en escoger el momento adecuado

para dar el cante. Demasiado pronto, nos cascaban los franceses. Demasiado tarde, los rusos. Lo difícil era encontrar el término medio. Lo malo de estas cosas es que, hasta que el rabo pasa, todo es toro.

Y en esas estábamos en el flanco derecho, con el Petit Cabrón mirándonos por el catalejo desde su colina, cuando de pronto, en la retaguardia, los húsares del Cuarto y los coraceros de Baisepeau, que llevan toda la batalla contemplando el paisaje, ven que aparece Murat muy airoso a caballo y se dicen unos a otros la jodimos, Labruyere, vienen a invitarnos al baile. Estar aquí pintándola era demasiado bonito para que durase. Y el Rizos que llega con el sable desenvainado y los arenga:

—¡Hijos de Francia! ¡El Emperador os está mirando!

Y los húsares y los coraceros moviendo la cabeza, hay que fastidiarse, Leduc, podía mirar para otra parte, el Enano, con lo grande que es el campo de batalla y toda la maldita Rusia, fíjate, y se pone a mirarnos precisamente a nosotros. Y Murat que apunta con el sable hacia el sitio de la batalla donde el humo es más espeso, o sea, el flanco derecho donde dicen que hay unos cuatrocientos zumbados que, en lugar de salir por pies como todo el mundo, se empeñan, con lo que está cayendo, en ganarse la Legión de Honor a título póstumo. Para que los hagan mortadela no nos necesitan a nosotros. Pero el caso es que Murat hace caracolear el caballo y dice eso que todos estaban viendo venir:

—¡Cuarto de Húsares! ¡Monten…! ¡Quinto y Décimo de Coraceros! ¡Monten!

O sea, traducido, Leduc, que hay que ganarse el jornal. Y todo son ahora trompetazos y tambores y relinchos y cagüentodo en voz baja, y el Rizos con sus alamares y sus floripondios saludado por Fuckermann y Baisepeau, que se ponen al frente de sus respectivas formaciones y sacan los sables. Y alguien comunica que la carga es contra los cañones rusos del flanco derecho y ya te lo decía yo, Labruyere, que esos españoles bajitos y morenos del 326 nos iban a buscar un día la ruina, ya me contarás qué coño hacen en Rusia esos fulanos, y encima tirándose el pegote como héroes, hay que

fastidiarse, en vez de estar en su tierra con el Empecinado o pudriéndose en el campo de prisioneros de Hamburgo, como es su obligación.

—¡Listos para cargar! —grita Murat, que va a lo suyo.

—¡Desenvaineeeen… sables! —corean Fuckermann y Baisepeau.

Y unos mil doscientos sables, más o menos, hacen *riiis-ras* al salir de la vaina y en ese momento entre el humo y todo lo demás se apartan un poco las nubes y aparece el sol como en Austerlitz, un sol grande y redondo, rojizo, muy a lo ruso, y lo hace con una oportunidad que parece preparada de antemano, justo para iluminar las hojas de acero desnudas. Y todo ese bosque de sables reluce con un centelleo que casi ciega a los que están en la colina del Estado Mayor alrededor del Ilustre, y todos son parbleus y sacrebleus y qué emocionante espectáculo, Sire. Y el Petit sin decir esta boca es mía, observando con ojo crítico la extensión, cosa de media legua, que la caballería debe cruzar en apoyo del 326, y confiando en que el suelo esté lo bastante compacto a pesar de la lluvia de ayer para que no fastidie las patas de los caballos.

—¿Cómo lo ve, Labraguette?

—Estupendamente, Si-sire, gracias —responde Labraguette con prudente entusiasmo, por si al Enano se le ocurre la mala idea de enviarlo a ver el paisaje más de cerca.

—Digo que cómo lo ve. Qué le parece.

—Me pa-parece bien, Sire.

—¿Cuántas bajas calcula usted que le costará a Murat llegar hasta los cañones rusos?

—No sé, Sire. Así, a o-ojo, unos se-setecientos muertos y he-heridos, Sire. Quizá más.

—Eso calculo yo —el Enano suspira para la Historia—. Pero la gloria de Francia lo exige… ¡C'est la guerre, Labraguette!

—Muy ci-cierto, Sire.

—Triste, pero necesario. Ya sabe, la patria y todo eso.

—Ahí le du-duele, Sire.

Mientras esto se comentaba en la colina, los del segundo del 326 llegábamos a unas cuatrocientas varas de los cañones rusos. Lo que se mire como se mire, aunque sea desertando, era mucho llegar.

V. Los adverbios del mariscal Lafleur

A lo lejos estalló un polvorín, una especie de hongo de fuego que iluminó las nubes grises que se cernían sobre Sbodonovo, y el estampido llegó un poco más tarde, amortiguado por la distancia. Algo así como un *tuum-pumba* sordo que hizo temblar las plumas en los sombreros de mariscales, generales y edecanes alrededor del Enano. El mariscal Lafleur, que en ese momento miraba por el catalejo, aseguró que en lo alto del hongo se veían figuritas humanas, pero Lafleur tenía fama de exagerado, así que nadie le hizo mucho caso. De todas formas, el pelotazo había sido tremendo.

—¿Son rusos o de los nuestros? —indagó el Ilustre, interesado.

—Rusos, Sire —aclaró alguien.

—Pues que se jodan.

Y siguió a lo suyo, que en ese momento consistía en seguir los movimientos del mariscal Ney. Después de despachar a Murat para que organizase su carga de caballería, el Enano había decidido olvidarse un rato del 326 de Línea para dedicar su atención a otros aspectos de la batalla. La cosa era que Ney, poniéndose a la cabeza de un par de regimientos de la Guardia, estaba a punto de tomar por cuarta vez, a la bayoneta, los escombros humeantes de la granja que dominaba el vado del Vorosik, por donde se nos habían estado colando durante toda la mañana los escuadrones de caballería cosaca que tanto daño hicieron en el flanco derecho. En ese preciso instante, Ney, como siempre despechugado y sin sombrero, con la

casaca hecha trizas y la cara tiznada de pólvora, peleaba al arma blanca como un soldado más después de que le hubieran matado cuatro caballos frente a la granja, uno por asalto, contra los rusos que todavía aguantaban a esta parte del vado. La granja del Vorosik se había convertido en una de esas carnicerías memorables, sablazo va y sablazo viene, bayonetas por todas partes, fulanos gritando de furia o de pavor y sangre chorreando a espuertas, como si entre los muros calcinados de aquel recinto de locura hubiesen degollado a una piara de cerdos. Y en esto que los rusos empiezan a chaquetear, *tovarich, tovarich*, y a largarse hacia el río, y Ney les dice a los suyos apretad que es pan comido, muchachos, dadles lo suyo y que no vuelvan a por más, y los granaderos de la Guardia con los bigotazos y los aros de oro en la oreja y los gorros de pelo de oso y las bayonetas de cuatro palmos que avanzan como segando hierba, zas, zas, no deis cuartel, grita Ney cabreado porque lleva toda la mañana atascado en la puñetera granja, y a los ruskis les meten el *niet niet* en el cuerpo a bayonetazos, salvo a los jefes y oficiales que se rinden. A ésos la orden es cogerlos vivos porque los oficiales son unos caballeros, Marcel, que no te enteras, cómo se te ocurre volarle la sesera a ese capitán que se rendía, acabas de cargarte a un caballero, pedazo de imbécil, a ver si crees que todos son como tú, carne de cañón, o sea, chusma.

Arriba, en la colina del puesto de mando, el Petit le pidió el catalejo a Lafleur y echó un vistazo. Sonreía a medias, como cuando recibió la carta del emperador austríaco diciendo que sí, que María Luisa estaba en edad de merecer y él aceptaba, qué remedio, convertirse en suegro del Ilustre. No hay como ganar Marengos y Austerlices para emparentar con la realeza y marcarte un rigodón en Viena, o tal vez fuera un vals, con todas las frauleins mirándole el paquete al apuesto Murat, *donner und blitzen* con el feldmariscal, siempre tan ceñidito él y eructando a los postres, mientras el emperador de los osterreiches tragaba quina por un tubo, mordiéndose el cetro de humillación con los franchutes de amos del cotarro y el Enano con su uniforme de los domingos dándole

palmaditas en la espalda, ese suegro simpático y rumboso, Papi, cómo lo ves. La única pega para el Enano era que la tal María Luisa respondía más bien al tipo cómo pretendes que yo te haga eso, esposo mío, ¿qué diría Metternich si me viera en esta postura? Mucho oig y mucho remilgo, eso era lo malo que tenían aquellas princesas tan educadas y tan Habsburgo. Poco imaginativa, a ver si me entienden, del tipo me duele la cabeza, querido, o bien ay, hola y adiós. En ese aspecto, el Enano seguía añorando a su ex, la Beauharnais, aquello sí era calor criollo a ritmo tropical. Llegaba, un suponer, de ganar la campaña de Italia, y allí estaba Josefina en la Malmaison, relinchando como una yegua, siempre lista para darle una carga de coraceros en condiciones. O dos.



—¡Lafleur!

—A la orden, Sire.

—Escriba a París. Estimados, etcétera, dos puntos. Sbodonovo está a punto de caer, moral alta, victoria segura —echó un vistazo rápido al flanco derecho, donde el humo de las explosiones ocultaba en ese momento al 326—. Mejor escriba *prácticamente* segura, por si acaso.

—El adverbio es superfluo, Sire —insinuó Lafleur, que era un mariscal miserable y pelota.

—Bueno, pues elimine el adverbio. Y añada que Moscú es nuestro, o casi.

—Muy bien, Sire —Lafleur escribía a toda prisa, con la lengua en la comisura de la boca, muy aplicado—. ¿Qué frase histórica ponemos esta vez como fórmula de despedida?

—No sé —el Enano paseó la vista por el campo de batalla—. ¿Qué le parece *en el corazón de la vieja Rusia quince siglos nos contemplan*?

—Magnífica. Soberbia. Pero ya usasteis una parecida, Sire. En Egipto. ¿Recordáis…? Las pirámides y todo eso.

—¿De veras? Pues cualquier otra —el Enano echó un nuevo vistazo alrededor, deteniéndose otra vez en la humareda que ocultaba al 326—. Algo de las águilas imperiales. Siempre queda bien eso del águila. Tiene garra.

Y se rió de su propio chiste, coreado por el mariscalato en pleno. Muy bueno, Sire. Ja, ja. Siempre tan agudo, etcétera. Qué gracia tiene el jodío. Después, todo el Estado Mayor se apresuró a sugerir variantes, Sire, el águila vuela alto, las alas del águila, la nobleza del águila francesa, Sire.

—¿La so-sombra del águila? —apuntó el general Labraguette.

—Me gusta —asintió el Enano, aún con los ojos fijos en el flanco derecho—. Eso está bien, Labraguette. La sombra del águila, bajo la que se baten los valientes. Como esos españoles de allá abajo, en mi ejército de veinte naciones. Mírelos: bajitos, indisciplinados, con mala leche, siempre tirándose unos a otros los trastos a la cabeza… Y sin embargo, bajo la sombra del águila imperial van hacia la muerte como un solo hombre, en pos de la gloria.

Batió palmas el mariscalato.

—Sublime, Sire.

—Lo ha dicho un gran hombre.

—Es que el que vale, vale. Y el que no, con Wellington.

—Menos coba, Lafleur. No sea imbécil —el Ilustre requirió el catalejo y echó una ojeada a retaguardia—. Por cierto. ¿Qué pasa con Murat?



Todos los mariscales empezaron a ir y venir aparentando estar muy ocupados en el asunto, a despachar batidores a caballo con mensajes para acá y para allá, Murat, a ver qué pasa con Murat, ya estáis oyendo que se impacienta el Emperador, esa carga es para hoy o para mañana, mondieu, así no hay cristo que gane esta guerra. Y los batidores galopando hacia cualquier parte sin saber adónde ir, agachándose bajo los cañonazos y jurando en francés, con los mensajes ilegibles e inútiles en la vuelta de la manga del dolmán agujereado por los tiros y la metralla, acordándose de la madre que parió a aquel primo suyo que los enchufó como enlaces en el Estado Mayor imperial.

El caso es que visto así, en panorámica, el Estado Mayor daba la impresión de tener una actividad del carajo, con todo el mundo pendiente otra vez del flanco derecho, donde los fogonazos de artillería se intensificaban de modo alarmante entre la humareda de pólvora. Allá abajo, los cuatrocientos y pico españoles del segundo batallón del 326 de Línea habíamos gozado hasta ese momento de la relativa protección de una contrapendiente suave entre los maizales, una especie de desnivel con cuatro o cinco pajares ardiendo y trescientos o cuatrocientos muertos repartidos un poco por aquí y por allá, el rastro de los muchos ataques sin éxito que la división había llevado a cabo sobre ese punto durante la mañana, y

en la que el mismo general Le Cimbel se había cambiado el fusil de hombro, ya me entienden, nosotros los españoles decíamos *dejar de fumar*, o sea morirse. Cada uno eufemiza como puede, mi general. El caso es que Le Cimbel era uno de aquellos cuatrocientos despojos que marcaban el punto más avanzado de la progresión francesa en el flanco derecho frente a Sbodonovo: tal vez aquel fiambre sin cabeza junto al que pasábamos en ese momento. El punto más avanzado de la progresión. Tóqueme la flor, corneta. Lo del punto suena muy técnico: eso es lenguaje oficial de parte de guerra, como lo de *repliegue táctico*, o aquello otro, no se lo pierdan, de *movimiento retrógrado hacia posiciones preestablecidas*, dos formas como otra cualquiera de decir, Sire, nuestra gente ha salido giñando leches. En el flanco derecho ante Sbodonovo, el punto más avanzado de la progresión era el punto en que la carnicería se volvió tan insoportable que los supervivientes habían dicho pies para qué os quiero. Y nosotros, los del 326, apretados unos contra otros en las filas de la formación, blancos los nudillos de las manos crispadas alrededor de los fusiles con las bayonetas, estábamos a pique de rebasar el punto más avanzado de la maldita progresión de las narices, es decir el desnivel que con el humo nos protegía un poco del grueso de la artillería ruski. Ahora íbamos a quedar al descubierto ante todas las bocas de fuego de la madre Rusia, imagínense el diálogo de los artilleros: Popof, mira quiénes asoman por ahí con la que va cayendo, están locos estos franzuskis, acércame el botafuego que voy a arreglarles el cuerpo con la pieza de a doce. Carga metralla, Popof, que a esta distancia es lo que más cunde. Ahí va eso, que aproveche. Ésta por la liberté, ésta por la egalité y ésta por la fraternité.

Raaas-zaca-bum. De pronto no hubo cling-clang porque el sartenazo de los ruskis cayó en medio de la formación, toda la metralla entró en blando, y es imposible saber a cuántos se llevó por delante entre el humo, los gritos y la sordera que viene cuando una granada te revienta a la espalda. A los de las primeras filas nos salpicó sangre encima, pero no era nuestra, y sólo Vicente el

valenciano soltó el fusil con una mano pegada todavía a la culata, el fusil girando en el aire con la mano incluida y Vicente mirándose el muñón esperando que alguien le explicara aquello. Quisimos agarrarlo para que se mantuviera en pie, pero el valenciano fue cayéndose al suelo hasta quedar de rodillas, siempre mirándose la mano, y se quedó atrás y ya no volvimos a verlo. Igual tuvo suerte y alguien le hizo un torniquete y se emboscó allí con una Marujska de tetas grandes y se convirtió en campesino y fue feliz con muchos hijos y nietos y ya no volvió a ver una guerra en su puñetera vida. Igual.

Y en esto el capitán García, todo pequeñajo y ennegrecido por la pólvora, nuestro único oficial superior a aquellas alturas del asunto, que seguía sable en alto gritándonos palabras que no entendíamos con el estruendo de los cañonazos, empezó a decirle algo a Muñoz, el alférez abanderado, a quien una esquirla rusa le había sustituido el chacó por un rastro de sangre deslizándosele por la frente y la nariz, que de vez en cuando se enjugaba con el dorso de la mano libre para que no le tapara el ojo izquierdo. No lo oíamos con los bombazos pero era fácil imaginarlo: Muñoz, atento a mi orden, en cuanto yo te dé el cante abates el águila de los cojones y le pones la bandera blanca, la sábana que llevas doblada bajo la casaca, y la agitas bien en alto para que la vean los Iván, y entonces ya sabes, todos a correr levantando en alto los fusiles para que sepan de qué vamos y no nos ametrallen a bocajarro, los hijoputas. Y en las filas pasándonos la voz, atentos, en cuanto el capitán dé la orden y Muñoz ice bandera blanca, fusiles en alto y a correr hacia los ruskis como si nos quitáramos avispas del culo, a ver si terminamos de una vez este calvario. Y otra granada rusa que pasa rasgando sobre nuestras cabezas, ahora va alta, muy atrás, y otra que llega más corta, cuidado con esa que las trae negras, y acertamos, y la granada también acierta, y más compañeros que se largan a verle el blanco de los ojos al diablo. Y el *ras-ras* de nuestras polainas rozando los maizales tronchados, negros de carbón y sangre, chamuscados por las bombas y las llamas escuchando el redoble del

tambor que nos ayuda a mantener el paso en aquella locura. Y Popof que empieza a afinar la puntería mientras remontamos los últimos metros de contrapendiente. Y más raaaca-zas-bum y más cling-clang. Y ahora estamos casi al descubierto y nos están dando los rusos una que te cagas, y García grita algo que seguimos sin entender, mi capitán, no se moleste en abrir la boca hasta que no llegue el momento de salir arreando. Y el tambor que arrecia su redoble y las filas que se estrechan más, a ver si hay suerte y la siguiente granada le toca a otro, porque Dios dijo hermanos pero no primos. Y más raaca-zas y más bum-cling-clang y más compañeros que se quedan atrás en los maizales. Y la contrapendiente que se acaba, y humo por todos sitios, y ya tenemos las bocas de los cañones rusos a un palmo de la cara, y García que se vuelve y parece que nos mira uno por uno duro como el pedernal, aquí nos la jugamos, hijos míos, aquí nos sacan el último naipe, a correr que llueve. Y el alférez Muñoz se limpia por última vez la sangre de los ojos y mete la mano en la casaca para sacar la bandera blanca, y abate el águila para sustituir la bandera mientras sudamos a chorros bajo la ropa, mordiéndonos los labios de tensión y miedo. Y de pronto empieza a caernos metralla rusa a espuertas, por todos sitios, y todos gritan terminemos de una vez, y ya estamos a punto, no de levantar, sino de tirar los fusiles al suelo y correr hacia los rusos con las manos en alto, *españolski, españolski*, cuando suenan trompetas por todas partes, a nuestra espalda, y nos quedamos de piedra cuando vemos aparecer una nube de jinetes, banderas y sables en alto, cargando por nuestros dos flancos contra los cañones rusos.

VI. La carga de Sbodonovo

Desde su colina, el Enano había visto abatirse la bandera del 326 a pocas varas de los cañones rusos, justo en el momento en que el alférez Muñoz se disponía a sustituirla por la sábana blanca y todos nos preparábamos allá abajo para consumar la deserción echando a correr hacia los Iván sin disimulo alguno. Era tanto lo que en ese momento nos caía encima, raas-zaca-bum y cling-clang por todas partes, que la humareda de los sartenazos ruskis cubría el avance del batallón, ocultándolo de nuevo a los ojos del Estado Mayor imperial. Con el catalejo incrustado bajo la ceja derecha, el Petit Cabrón fruncía el ceño.

—Ha caído el águila —dijo, taciturno y grave.

A su alrededor, todos los mariscales y generales se apresuraron a poner cara de circunstancias. Triste pero inevitable, Sire. Heroicos muchachos, Sire. Se veía venir, etcétera.

—Ejemplar sa-sacrificio —resumió el general Labraguette, emocionado.

De abajo llegaban unos estampidos horrorosos. Ahora era una especie de *pumba-pumba* en cadena. Toda la artillería rusa parecía ametrallar a bocajarro al batallón, o lo que quedara de él a tales alturas del episodio.

—Escabeche —dijo el mariscal Lafleur, siempre frívolo—. Los van a hacer escabeche… ¿Recordáis, Sire? Aquel adobo que nos sirvieron en Somosierra. ¿Cómo era? Laurel, aceite…

—Cierre el pico, Lafleur.

—Ejem, naturalmente, Sire.

—Es usted un bocazas, Lafleur —el Petit lo miró con la misma simpatía que habría dedicado a la boñiga de un caballo de coraceros —. Están a punto de hacer trizas a un puñado de valientes y usted se pone a disertar sobre gastronomía.

—Disculpad, Sire. En realidad, yo…

—Merece que lo degrade a cabo primero y lo envíe allá abajo, al maldito flanco derecho, a ver si se le pega a usted algo del patriotismo de esos pobres chicos del 326.

—Yo… Ejem. Sire… —Lafleur se aflojaba el cuello de la casaca, con ojos extraviados de angustia—. Naturalmente. Si no fuera por mi hernia…

—Las hernias se curan como soldado de infantería, en primera línea. Es mano de santo.

—Acertada apreciación, Sire.

—Imbécil. Tolili. Cagamandurrias.

—Ése soy yo, Sire. Me retratáis. Clavadito.

Y el pobre Lafleur sonreía, conciliador, entre la chunga guasona del mariscalato, siempre solidario en este tipo de cosas.

—A ver, Labraguette —el Ilustre había vuelto a mirar por el catalejo—. Anote: Legión de Honor colectiva para esos muchachos del 326 en caso de que alguno quede vivo, cosa que me sorprendería mucho. En todo caso, mención especial en la orden del día de mañana, por heroísmo inaudito ante el enemigo.

—He-hecho, Sire.

—Otra cosa. Carta a mi hermano José Bonaparte, palacio real de Madrid, etcétera. Querido hermano. Dos puntos.

Y el Ilustre se puso a dictar con destino a su pariente, ese que los españoles llamábamos Pepe Botella por aquello del trinque o la maledicencia, vaya usted a saber, dicen que le daba al rioja pero que tampoco era para tanto. El caso es que el Petit se despachó a gusto aquella mañana en la modalidad epistolar desde la colina de Sbodonovo y con Labraguette dándole al lápiz a toda leche. Hermanito del alma, tanto llorarme sobre tus súbditos, que si no hay quien gobierne con esta gente y que si tal y que si cual, a ver quién

se las arregla en un país donde no hay dos que tomen café de la misma forma, o sea, solo, cortado, corto de café, largo, doble, con leche, para mí un poleo. Donde los curas se remangan la sotana, pegan tiros y dicen que despachar franchutes no es pecado, y donde la afición nacional consiste en darle un navajazo al primero que dobla la esquina, o arrastrar por las calles a quien sólo cinco minutos antes se ha estado aplaudiendo, y a menudo con idéntico entusiasmo. Me cuentas eso en cada carta, querido hermanito, dale que te pego con lo de que vaya regalo envenenado te hice, y que antes que rey de España hubieras preferido que te nombrara arzobispo de Canterbury, nos ha jodido. Pero, entre otras cosas, Canterbury no lo hemos conquistado todavía, y España, aunque esté llena de españoles, es un país con mucho futuro. Así que ya está bien de tanta queja y de tanto chivarte a Mamá de lo mal que lo pasas en Madrid. Para que te enteres, un batallón de tus súbditos acaba de cubrirse de gloria a las puertas de Moscú, por la cara. Así que ve tomando nota, Pepe. Que no te enteras. Un capullo, eso es lo que eres. Desde pequeño siempre has sido un capullo.

—Pásemelo a la firma, Labraguette. Y despáchelo.

—A la orden, Si-sire.

—Y ahora, ¿alguien puede decirme dónde está Murat?

No hizo falta. Un marcial toque de corneta ascendía hacia la colina desde el flanco derecho, y mariscales, generales, edecanes, ayudantes y correveidiles al completo saludaron con alborozo la buena nueva. Hablando del rey de Roma, es decir el de Nápoles, Sire, ahí lo tiene en plena carga, lento pero seguro ese Murat, observe el espectáculo que tiene tela. Y abajo, en la llanura de maizales chamuscados del flanco derecho, desplegándose en escuadrones multicolores, los húsares y los coraceros, mil y pico sables desenvainados y sobre el hombro derecho, tararí-tararí, listos para la memorable carnicería que los haría entrar de perfil, a los vivos y a los muertos, en los libros de Historia. Y acercándonos a vista de pájaro al meollo del asunto, volando sobre las apretadas formaciones donde los caballos relinchaban impacientes, tenemos a

Murat, todo bordados y floripondios, con una capacidad mental de menos quince pero valiente como un toro español cuando los toros españoles salen valientes, levantando el sable sobre la cabeza rizada con tenacillas y diciendo sus y a ellos, muchachos, ese batallón español necesita ayuda y los vamos a ayudar, voto al Chápiro Verde. Y Murat, con su dolmán de seda y sus rizos de madame Lulú y su menos seso que un mosquito y todo lo que ustedes quieran, pero, eso sí, al frente de sus tropas en un tiempo en que los generales y los mariscales aún la diñan así y no de indigestión en la retaguardia, Murat, decíamos, se vuelve a su cornetín de órdenes y le dice venga, chaval, toca de una vez esa maldita carga y que el diablo nos lleve a todos. Y el chaval que escupe para mojarse los labios que tiene secos y toca carga y Fuckermann y Baisepeau que les gritan a sus húsares y coraceros aquello de al paso, al trote y al galope, y mil y pico caballos que se mueven hacia adelante, acompasando el ruido de los cascos y herraduras. Y Murat grita *Viva el Emperador* y los mil y pico jinetes corean que sí, que vale, que viva el Petit Cabrón pero que aquí podía estar, más cerca, para compartir en persona aunque fuese un trocito de la gloria que a ellos les van a endilgar los cañones ruskis a chorros dentro de nada, gloria para dar y tomar, un empacho de gloria, mi primero, lo que vamos a tener en cinco minutos. Vamos a cagar gloria de aquí a Lima.

Y entonces hay como un trueno largo y sordo que retumba en el flanco derecho, y los doce escuadrones de caballería se extienden por la llanura mientras ganan velocidad, y los artilleros rusos que empiezan a espabilarse, Popof, mira lo que viene por ahí, ésa sí que no me la esperaba, *tovarich*, la virgen santa, nunca imaginé que tantos caballos y jinetes y sables pudieran moverse juntos al mismo tiempo, nosotros tan entretenidos tirando al blanco con ese batallón de mierda cuando lo que se nos venía encima era esto otro, a ver esa pieza, apunta que las cosas van a ponerse serias, mira cómo grita ahora el capitán Smirnoff, con lo tranquilo y contento que estaba hace sólo cinco minutos, el hijoputa. A ver esas piezas de a

doce, apunten, fuego. Dales caña, Popof. Dales, que mira la que nos cae.

Total. Que los artilleros rusos cambian de objetivo y empiezan a arrimarle candela a Murat y sus muchachos, y el primer cañonazo va y arranca de su caballo al general Fuckermann y lo proyecta en cachitos rojos sobre sus húsares que van detrás, ahí nos las den todas, pero hay muchas más, raaas-zaca, raaas-zaca, y ya corren caballos sin jinete adelantándose a las filas cerradas de los escuadrones, bota con bota y el sable extendido al frente mientras suena el tararí tararí, y los húsares sujetan las riendas con los dientes y empuñan en la mano izquierda la pistola, y los coraceros con destellos metálicos en el pecho y la cabeza, con boquetes redondos que se abren de pronto en mitad de la coraza y todo se vuelve de pronto kilos de chatarra que rueda por el suelo, tiznándose de hollín y barro mientras sigue el tararí tararí y Murat, ciego como un toro, sigue al frente del asunto y está casi a la altura del 326, húsares por la derecha, coraceros por la izquierda y allá en su frente Estambul, o sea, Moscú, o sea, Sbodonovo, o sea los cañones rusos que escupen metralla como por un grifo. Y por fin llega, galopando a lomos de su caballo que va desencajado e imparable como una bala, cubierto de sudor y espuma, junto a las filas del heroico 326, y entre el humo y la velocidad ve fugazmente los rostros de esos valientes que lo miran boquiabiertos, socorridos en el último instante cuando libraban su último y heroico combate sin esperanza. Y a Murat, que en el fondo es tierno como el día de la Madre, se le pone la carne de gallina y grita, enardecido:

—¡Viva el 326! ¡Viva Francia!

Y todos sus húsares y coraceros, que ya rebasan al 326 por los flancos cargando contra los cañones rusos, todos esos jinetes rudos y veteranos que acuden a compartir el hartazgo de metralla que se están llevando los bravos camaradas del 326, corean con entusiasmo el grito de Murat y, a pesar de la que está lloviendo, saludan con sus sables a esos héroes bajitos y morenos, los fieles infantes del batallón español, al pasar junto a ellos galopando en línea recta

hacia el enemigo. Y los del 326, mudos de agradecimiento, se ve que no encuentran palabras para expresar lo que sienten.

Y es que no hay palabras, Muñoz, quince minutos aguantando el cañoneo a quemarropa de los ruskis y, a punto de conseguirlo, justo en el momento en que bajas la bandera para sustituirla por la sábana blanca que llevas oculta en la casaca, con todos los compañeros acuciándote, date prisa, mi alférez, espabila que nos caemos con todo el equipo, suenan los trompetazos y Murat y mil doscientos franchutes aparecen cargando a uno y otro lado del batallón y encima pasan vitoreándote, los tíos, hégoes espagnoles, te dicen, camagadas y todo lo demás mientras acuden al encuentro de la metralla rusa, mira, lo positivo es que ahora tocaremos a menos cada uno, al repartir. Y todo el batallón que se queda de piedra viéndose en medio de una carga de caballería, y Murat saludando con el sable y su corneta dale al tararí tararí, de qué van estos fulanos, mi capitán, aquí hay un malentendido. Lo que está claro es que nos han fastidiado la maniobra, los gilipollas. Nos han jodido el invento. A ver quién es el guapo que deserta ahora, rodeado por mil doscientos húsares y coraceros que te dan palmaditas en la espalda.



Total. Que todos nos paramos un momento, aturdidos y sin saber qué hacer, pendientes de lo que dice el capitán García, y el capitán, pequeñajo y tiznado de pólvora, nos dirige una mirada de tranquila desesperación y después se encoge de hombros y le grita a Muñoz, eso sí lo oímos bien, alférez, levanta otra vez la bandera franchute, levanta el águila de los cojones y esa sábana blanca la haces cachitos y nos la podemos ir metiendo todos por el culo. Y el águila que se levanta de nuevo, y los coraceros y los húsares que siguen pasando a nuestro lado venga a dar vítores a los valegosos espagnoles, y García que nos dice hijos míos, suena la música así que a bailar tocan, echemos a correr hacia adelante y que sea lo que Dios quiera, allá cada cual, y vamos a meternos tanto en las filas de los Iván que al final no tengan más remedio que cogernos prisioneros. Conque levanta el sable, apunta a los artilleros rusos y dice eso de *¡Vivaspaña!* que es la única cosa nuestra que nos queda en mitad de toda esta mierda. Y Luisillo, nuestro tambor de quince años, redobla toque de carga, y los fulanos del 326 apretamos fuerte el fusil con la bayoneta y echamos a correr entre los jinetes hacia los cañones rusos, aunque antes de caer prisioneros alguien va a tener que pagar muy cara la mala leche que se nos ha puesto con el patinazo de esta mañana. Si no fuera por tanto cañonazo y tanta murga ya estaríamos trincando vodka en plan tovarich después de habéroslo explicado todo, cretinos. Así que ya puedes darte por jodido, Popof. Cagüentodo. Como llegue hasta ahí, por lo menos a los de las primeras filas os voy a dejar listos de papeles.



Y los artilleros ruskis, que ya tienen a los húsares y los coraceros encima y se defienden como pueden sobre sus cañones, echan un vistazo al frente y ven que por la cuesta suben cuatrocientos energúmenos erizados de bayonetas y gritando como posesos, cuatrocientos tipos con la cara tiznada por el humo y ojos enrojecidos de miedo y rabia, y se dicen: fíjate lo que sube por ahí, camarada, ésos no necesitan decir que no hay cuartel, lo llevan pintado en la cara, así que date por jodido, Popof, pero bien. Y el primero que llega hasta ellos es un capitán pequeño y negro de pólvora que grita algo así como *¡Vaspaña!, ¡Vaspaña!*, que nadie sabe muy bien lo que quiere decir, y ese capitán se tira encima de los primeros cañones como una mala bestia, y se lía a sablazos, y al capitán Smirnoff, que se ha puesto delante haciendo posturas de esgrima, le patea los huevos y después le abre la cabeza de un sablazo, y ahora llegan todos los demás gritando como salvajes, y a golpe de culata y bayonetazos, desesperados, como si nada tuvieran que perder, empitonan a Popof y a su santa madre, vuelcan los cañones, rematan a todo el que se mueve y, llevados por el impulso, mientras Murat y sus jinetes retroceden para reorganizar las filas desordenadas por la carga, siguen corriendo entre gritos y blasfemias hacia las filas de los regimientos rusos que, formados a la

entrada de Sbodonovo, los miran acercarse inmóviles, incapaces de reaccionar, paralizados de estupor ante el espectáculo.

VII. La resaca del príncipe Rudolfkovski

Durante mucho tiempo, los historiadores militares han intentando explicarse lo que ocurrió en Sbodonovo, sin resultado. Sir Mortimer Flanagan, el famoso analista británico, afirma que se trató de una brillante improvisación táctica de Napoleón, la última chispa de su genio militar antes de extinguirse en Moscú y en la desastrosa retirada de Rusia. Por su parte, el francés Gerard de la Soufflebitez plantea las cosas desde otra óptica más limitada, o sea casera, atribuyendo a Murat el exclusivo mérito en la acción de Sbodonovo y evitando mencionar, incluso, la presencia del segundo batallón del 326 de Línea en la batalla. Sólo en la correspondencia privada del mariscal Lafleur —dirigida a su amante, la conocida soprano Mimí la Garce— se encuentra una irrefutable prueba del papel desempeñado por los españoles, cuando el mariscal escribe: *Les sanglots longs des baïonnettes des espagnols blessent les russes d'une langueur monotone*…, en clara alusión al asunto. Más explícito se muestra en sus memorias (*De Borodino a Pigalle*, San Petersburgo, 1830) el mariscal Eristof, que reconoce sin rodeos el importante papel jugado por los españoles en los acontecimientos de la jornada, sobre todo cuando el viejo león escribe aquello de: *En Sbodonovo, el 326 de Línea nos puteó bien*.

Y ahora pónganse ustedes en el lugar de los rusos. Tres o cuatro regimientos formados en perfecto orden a las puertas del pueblo, inactivos durante toda la mañana porque ya se habían encargado las

baterías artilleras y la caballería cosaca de pulverizar el flanco derecho francés. Unos cuatro o cinco mil hombres tumbados en la hierba viendo los toros desde la barrera, fíjate, Vladimir, la que les está cayendo a los herejes, eso para que aprendan a invadir lo que no deben, Dios salve al zar y todo eso. Dame cartas. A ver, la sota de copas. Vaya día llevas, *tovarich*. Acabas de ganarme otro rublo. ¿A qué hora dices que sirven el rancho?… Y los oficiales tres cuartos de lo mismo: cómo lo lleva, conde Nicolai, bien, gracias. Estaba yo acordándome de aquella velada en San Petersburgo, en casa de Ana Pavlovna, junto a la princesa Bolkonskaia. Exquisito caviar, vive Dios. Lástima de inactividad, Boris, aquí toda la mañana con nuestros artilleros haciendo el trabajo y nosotros mano sobre mano, sin poder cubrirnos de gloria. A ver cómo diantre vuelvo yo a San Petersburgo sin un brazo en cabestrillo, o un heroico vendaje en torno a la cabeza para lucir en el palacio de la gran duquesa Catalina. Así no hay quien se coma una rosca por muy bien que uno baile el vals.

Y ése era el panorama a las puertas de Sbodonovo, con el pueblo ardiendo un poco al otro lado, hacia el vado del Vorosik, pero en esa parte estaba tranquilo, todo bajo control de los Iván. Hasta el príncipe Rudolfkovski, que mandaba la división, se había bajado del caballo y echaba una siestecita bajo un abedul. Ése era el panorama, repito, cuando de pronto empezó a oírse algo de barullo por la parte de los cañones. Entonces el príncipe Rudolfkovski, que por cierto era primo segundo del zar Alejandro, abrió un ojo y requirió a su ordenanza, el fiel Igor:

—Igor, ¿qué ocurre?

—No lo sé, padrecito —respondió el leal subalterno.

—Pues echa un vistazo, imbécil.

Quizá si el príncipe Rudolfkovski hubiese echado el vistazo personalmente habría cambiado el curso de los acontecimientos, pero vaya usted a saber. De hecho, Rudolfkovski dormía la siesta porque la noche anterior había estado despierto hasta altas horas beneficiándose a una robusta campesina a la que sus dragones habían descubierto oculta en un pajar de Sbodonovo. Además, al

príncipe se le había ido un poco la mano con el vodka, cuyo consumo excesivo solía producirle una espantosa jaqueca. El caso es que el fiel Igor Igorovich pasó junto a los oficiales del estado mayor de Rudolfkovski, que charlaban en un grupito, y se acercó a echar un vistazo por la parte de los cañones. La familia del fiel Igor había servido a la familia Rudolfkovskaia desde tiempo inmemorial, y cada vez que un Rudolfkovski defendió a sus zares en un campo de batalla, hubo junto a él un Igorovich para limpiarle las botas y echarle agua caliente en la bañera. Lo cierto es que el príncipe no era demasiado duro con su leal siervo, y sólo lo azotaba por faltas muy graves como plancharle mal el cuello de una camisa, no bruñirle la hoja del sable de modo conveniente, o retrasarse en las marchas en vez de correr junto a su estribo derecho con una botella de champaña razonablemente frío a mano. Por lo demás, el príncipe Rudolfkovski era un amo justo y cabal. Quizá por eso, cuando el fiel Igor anduvo un cuarto de *versta* más y le echó un vistazo a lo que ocurría donde los cañones rusos, se detuvo un momento, miró hacia el lejano abedul donde el príncipe Rudolfkovski dormía la mona, y soltando una extraña risita entre dientes puso pies en polvorosa.

Así que las primeras señales de lo que iba a ocurrir llegaron un poco más tarde, cuando los cuatro o cinco mil rusos que holgazaneaban sobre la hierba vieron aparecer, de pronto, una compacta fila de uniformes azules que se dirigía hacia ellos a la carrera y pegando unos gritos que helaban la sangre. Mucho se ha discutido después la reacción de los ruskis, pero en esencia fue del tipo anda, Vladimir, qué cosa más rara, por ese lado debían estar nuestros artilleros y resulta que aparecen otros con uniforme azul, yo creía que iban de verde los nuestros, te vas a reír pero por un momento he creído que eran franceses, fíjate, si hasta la bandera parece francesa, estoy de lo más tonto esta mañana, cómo van a ser franceses si están hechos polvo en el flanco derecho. El caso es que, bien mirado, esa bandera no parece nuestra, ¿verdad? Oye, pues ahora que lo dices, tampoco eso que gritan me suena a ruso.

Vaspaña, algo así como *Vaspaña*, pero francés tampoco es. A ver. Espera. Trae el catalejo. Hostia, Vladimir. Los franceses.

Unos dicen que gritábamos *Viva España* y otros que *Vámonos a España*, pero el caso es que los cuatrocientos, o lo que quedaba de nosotros, desembocamos en la llanura frente a Sbodonovo a la carrera, con las bayonetas por delante y la furiosa energía que te proporciona la desesperación. Mucho se discutió después el asunto, y la mayor parte coincidimos en afirmar que pretendíamos caer prisioneros para terminar de una vez, antes de que los húsares y los coraceros de Murat volviesen a cargar a nuestro lado creyendo ayudarnos contra los ruskis. Es cierto que los cañones de los Iván nos había hecho sufrir mucho y todavía íbamos calientes a pesar de haber empitonado a los artilleros; pero la verdad es que al llegar a la llanura nuestra intención era seguir hasta las filas rusas y allí adentro, una vez a salvo de nuestra propia caballería, arrojar las armas. El problema fue que los Iván se lo tomaron por la tremenda y mantuvieron el equívoco, o sea, nadie ataca así, en línea recta y a la bayoneta, a puro huevo, si no lo tiene muy claro. Así que espérame un momento, Vladimir, que ahora vuelvo. Sí, a retaguardia voy. A por tabaco.

Cuatro mil hombres saliendo por pies ante cuatrocientos es un espectáculo que no se dio con frecuencia en la campaña de Rusia. El movimiento de pánico se propagó como una ola, y las primeras filas ruskis echaron a correr. Las segundas hicieron lo mismo al pasar junto a ellas las primeras, y los de las últimas, que vieron a toda la vanguardia dar la vuelta y venírseles encima, se volvieron atropellándose unos a otros, desbordados los oficiales, y salieron zumbando hacia Sbodonovo, maricón el último, metiéndose por las calles del pueblo en dirección al río y al puente de la carretera de Moscú. Y nosotros corriendo detrás, esperad, pringaos, aquí hay un malentendido. Pero claro, en eso que algunos rusos se vuelven y nos descerrajan unos cuantos tiros, y a Manolo el maño y a Paco el sevillano los dejan secos en plena carrera, y empezamos a cabrearnos mientras vemos caer a unos cuantos más, colegas de los

tiempos de Dinamarca, tiene guasa escaparte de unos y de otros para que un tovarich te pegue un tiro a última hora. Y en ésas que llegamos junto a un abedul para darnos de boca con un ruski lleno de cordones y entorchados, con cara de resaca y pinta de mandar mucho, que no para de preguntar por un tal Igor, vete tú a saber quién coño es el Igor de las narices. Total, que el sargento Ortega intenta explicarle que nos rendimos, pero el otro dice algo de que los Rudolfkovski mueren pero no se rinden. Ortega, que es un buenazo, intenta explicarle pacientemente que no, míster, quienes nos rendimos somos nosotros, aquí, *españolski tovarich*, a ver si te enteras. Napoleón *kaput*, nosotros querer ir a España, *¿capito?* O sea que *fini la guerre*. Pero el ruski mira alrededor, ve a toda su tropa corriendo como conejos y a nosotros tiznados de humo, con las bayonetas manchadas de sangre de los artilleros que acabamos de cepillarnos allá atrás, y se cree que le estamos vacilando, o sea, estos hijoputoskis quieren quedarse conmigo. Así que saca una pistola y le descerraja al sargento Ortega un tiro a bocajarro, pumba, que le chamusca las patillas, menos mal que el Iván tenía el pulso fatal aquella mañana. Y claro, Ortega se cabrea y ensarta al ruski en el abedul de un sablazo, para que aprendas, gilipollas, que no se puede ir de buena fe, hay que joderse, chavales, con aquí el capitán general. Y eso que se lo dije bien clarito. A todo esto, los Iván corren por ahí diciendo que nos hemos cargado al príncipe Rudolfnosequé, y todos venga a correr más todavía, y en estas llegamos ya a las primeras casas del pueblo, con los rusos cruzándolo a toda prisa hacia el puente y la carretera de Moscú, entrando por un extremo y saliendo por el otro como si fueran a hacer un recado, a toda leche. Y en todo ese trajín no mantiene la calma más que la reserva de caballería cosaca, a la que alguien ordena que cubra la retirada. Así que, de pronto, cuando los del 326 vamos corriendo tras los rezagados rusos por la calle principal, todavía con intención de encontrar alguien a quien rendirnos, vemos aparecer dos escuadrones cosacos cargándonos de frente, sables en alto, atiza Gorostiza, ésos no huyen sino que atacan. Y nos miramos

unos a otros para decirnos hasta aquí hemos llegado, compadres, vete a explicarles nada a éstos. Se acabó lo que se daba.

O sea, que nos caen encima doscientos y pico jinetes cosacos haciendo molinetes con los sables y las lanzas, y el capitán García se da cuenta de que no hay espacio para formar el cuadro. Entonces nos ordena hacer fuego por secciones porque aquí no hay *tovarich* que valga, hijos míos, así que ya nos rendiremos otro día. Y tenemos el tiempo justo de escalonarnos la mitad del 326 en la calle, mientras la otra mitad se reagrupa detrás con la lengua fuera, y ya tenemos a los cosacos a treinta varas mientras García se planta a la derecha, sable en mano, y el teniente Arregui a la izquierda. Y cuando los cosacos están a quince varas, García va y ordena primera descarga a los caballos, hijos míos, endiñársela por lo bajini para taponarles la calle a esos hijoputas. Y los de la primera fila, arrodillados, nos llevamos el fusil a la cara diciendo madre santísima, de ésta no salimos ni hartos de sopa.

—Primera sección, ¡fuego!

García los tiene bien puestos, las cosas como son. Y es un profesional. La primera descarga abate una veintena de caballos, formando un obstáculo para los jinetes que vienen detrás.

—Segunda sección, ¡fuego!

Ahí va eso. La segunda sección dispara sobre nuestros chacós mientras los de la primera seguimos las órdenes del teniente Arregui: primera sección, rodilla en tierra, carguen. Y tú vas, muerdes el cartucho igual que muerdes el miedo, lo metes en el cañón caliente, ahora la bala, golpe de baqueta y otra vez el fusil a la cara mientras los de la segunda, ya arrodillados también a tu espalda, cargan a su vez. Ahora son los de la tercera fila los que apuntan sobre nuestras cabezas.

—Tercera sección, ¡fuego!

Toma candela, Iván. Tres descargas en quince segundos, plomo barriendo la calle principal, patas y relinchos por el aire, cosacos por el suelo a un palmo de nosotros, angelitos al cielo. Pero siguen llegando más y más cuyos caballos tropiezan, se encabritan sobre

los caídos. A nuestra espalda, Luisillo redobla sobre su parcheado tambor para darnos ánimos. Y la voz ronca del capitán García, no es para menos lo de ronca, con la mañana que lleva, se alterna con la del teniente Arregui mientras seguimos soltando descarga tras descarga:

—¡Tercera sección, carguen armas!

—¡Primera sección en pie! ¡Apunten! ¡Fuego!

El humo de pólvora negra empieza a cubrir la calle y las andanadas parten a ciegas, hacia el lugar de donde vienen los alaridos y los relinchos, fusilando a los cosacos a bocajarro.

—¡Primera sección, rodilla en tierra, carguen armas!

—¡Segunda sección, en pie! ¡Fuego!

—¡Segunda sección, rodilla en tierra! ¡Carguen armas!

—¡Tercera sección, en pie! ¡Fuego!



Así cinco minutos. Ahora ya no se ve nada de nada, y todos estamos dentro de una humareda oscura y acre, disparando contra un muro de niebla del que brotan alaridos, lamentos, detonaciones. La pólvora negra quemada se mete por las narices y aturde los sentidos, y ya no sabes dónde diablos estás, y tu único contacto con la realidad son las voces que te llegan, el capitán García de la derecha, el teniente Arregui de la izquierda, diciéndote que cargues

y dispares, que cargues y dispares, que cargues y dispares. Y el otro contacto real es la culata, el gatillo, la baqueta del fusil que te quema las manos al tocar el cañón donde hasta la bayoneta parece al rojo. Y entonces, de pronto, unos jinetes cosacos consiguen llegar hasta nuestra izquierda, hay fogonazos y alaridos y *chas-chas* de sablazos que dan en blando, la fila parece estremecerse por ese lado y el teniente Arregui ya no dice nada y no vuelves a oírlo más, el tambor de Luisillo deja de pronto de redoblar, y es García quien te dice ahora que cargues y dispares, en pie o rodilla en tierra, que cargues y dispares. Y después oyes su voz, un grito desgarrado y brutal ordenando al ataque a la bayoneta, vamos de una vez a terminar con esos ruskis de mierda. Y a tu lado notas que los compañeros, a los que tampoco ves, se mueven contigo, adelante, y aúllan vamos a por ellos a masticarles los hígados, cagüentodo, rediós y la Virgen santa, y aprietas fuerte el fusil con la bayoneta y corres entre la niebla oscura de la pólvora hasta tropezar con cuerpos de caballos y de hombres, unos inmóviles y otros agitándose cuando trepas por encima de ellos, cuando escalas el montón y distingues brillos de acero entre la humareda espesa, y percibes sombras que también gritan en otra lengua, y tú empiezas a clavar la bayoneta en todo cuanto se pone delante, *¡Vaspaña!, ¡Vaspaña!*, y nuevos fogonazos de pólvora te chamuscan la cara mientras sigues adelante entre patas de caballos y cuerpos de hombres que se debaten ante ti, *¡Vaspaña!, ¡Vaspaña!*, y entre golpe y golpe de bayoneta tienes la visión fugaz de la cara de un crío que te espera en alguna parte, de una silueta de mujer que llora mientras te vas del pueblo camino abajo, o el rostro de tu madre junto al fuego, cuando eras zagalico. *¡Vaspaña!* O a lo mejor esas imágenes no son tuyas, no te pertenecen a ti sino a la memoria de los hombres que tienes enfrente, y tú se las vas arrancando a tajos de bayoneta.



Por fin la niebla empieza a disiparse y sigues corriendo con la garganta en carne viva de gritar, y el cuerpo destrozado de fatiga, hasta llegar a la otra punta del pueblo. Entonces te apoyas en el pretil de un puente hacia el que convergen por ambos lados muchos jinetes con gran estruendo de cascos y trompetas. Y ya te dispones a levantar la bayoneta para acuchillarlos también y llevarte lo que puedas por delante antes de ir a Dios y descansar de una puñetera vez, cuando te das cuenta de que son coraceros y húsares franceses, de tu bando, si es que a estas alturas puedes todavía sentirte en bando alguno, y que te aclaman entusiasmados porque acabas de cruzar Sbodonovo de punta a punta, haciendo huir a cuatro regimientos rusos y aniquilando a dos escuadrones cosacos.

VIII. Confidencias en Santa Helena

Años más tarde, después de Rusia, Leipzig y Waterloo, en Santa Helena y a punto de palmarla, el Enano le confiaría a su fiel compañero de destierro, Les Cases, que en Sbodonovo se le apareció la Virgen. A ver si no cómo se lo explica uno, Les Cases: un batallón que ni siquiera es francés y cambia el signo de la batalla dándole a los rusos las suyas y las de un bombero, o sea, pasándose por la piedra de amolar toda una batería artillera de piezas de a doce y cuatro o cinco regimientos, príncipe Rudolfkovski incluido. Según sus últimos biógrafos, el Ilustre hacía estas confidencias mientras clavaba agujas en un muñequito de cera representando la efigie de su carcelero sir Hudson Lowe, el malvado inglés a quien el gobierno de Su Majestad Británica encomendó el confinamiento y liquidación, en aquel islote del Atlántico convertido en cárcel, del hombre que había pasado veinte años jugando a los bolos con las coronas de Europa. Allí, en las largas veladas invernales, rodeado por sus últimos fieles, el Petit Cabrón pasaba revista a los recuerdos gloriosos mientras Les Cases y Bertrand tomaban oporto y notas para la posteridad. Algunos de sus juicios arrojan luz sobre rincones oscuros de la Historia, o revelan facetas desconocidas de los personajes. Que si Wellington no era más que un sargento chusquero con mucha potra. Que si Fouché un trepa y un pelota, Talleyrand una rata de cloaca y Metternich un perfecto gilipollas. También rememoraba el Ilustre cuestiones más íntimas. Las piernas de Desirée, por ejemplo, Les Cases, aquello era gloria bendita, mujer de bandera, se lo dice uno que de banderas entiende un rato.

Lástima que tuviese aquel marido, Bernadotte, al final se colocó bien, ¿verdad? Rey de Suecia, y eso que era un completo soplador de vidrio. Los hay con suerte. En cuanto al príncipe Fernando, el hijo de Carlos IV, menudo personaje, Bertrand. Mi mayor venganza tras la guerra de España fue devolvérselo a sus paisanos. ¿No queréis Fernando VII? Pues que os aproveche. ¿Sabe usted, Les Cases, que cuando lo tuve preso en Valençay tardé algún tiempo en averiguar su estatura *real* porque siempre entraba en mi despacho de rodillas…? Brillante muchacho, el tal Fernando. Creo que lleva fusilada a media España. ¿No gritaban *vivan las caenas?* Pues toma caenas. *La joya de la corona*, lo llamaba aquel tipo grande y simpaticote, ¿recuerda, Bertrand? Godoy, creo recordar. El que chuleaba a la madre.



Al llegar a este punto, recordando los años de gloria, el Enano miraba el fuego de la chimenea y después sonreía a sus últimos fieles. Sobre España recordaba haber leído algo una vez, mientras esperaba que su caballería polaca despejara Somosierra. Una traducción sobre el *Poema de Mio Cid*, o algo por el estilo, Les Cases, resulta difícil acordarse bien ahora, con lo que ha llovido desde Somosierra y aquel puntazo que se marcó Poniatowski, ¿recuerda?, sus jinetes cargando ladera arriba con los españoles cogidos de través y Madrid a un paso, creíamos que eso lo dejaba todo resuelto, y ya ve. En ese momento, el Ilustre se quedaba

pensativo y suspiraba mirando la chimenea. España. Maldito el día que decidí meterme en semejante berenjenal. Eso ni era guerra ni era nada; una pesadilla es lo que era, con el calor y las moscas y aquellos frailes con canana y pistoleras, y los guerrilleros cazándonos correos en cada vereda, y cuatro baturros con una bota de vino y una guitarra descalabrándome a las tropas imperiales a las puertas de Zaragoza mientras los ingleses sacaban tajada como de costumbre. Cada vez que miro uno de esos grabados del tal Goya me vienen a la memoria aquellos desgraciados con sus ojos de desesperación, engañados por reyes, generales y ministros durante siglos de hambre y miseria, analfabetos e ingobernables, con su orgullo y su furia homicida como único patrimonio. ¡Aquellas navajas, Les Cases, que daba miedo verlas! Mis generales todavía tienen pesadillas en que salen esas navajas donde ponía *Viva mi dueño* y hacían siete veces *clac* al abrirse. Esos bárbaros heridos de muerte, cegados por su propia sangre, que aún buscaban a tientas las junturas del peto del coracero para meterle la hoja de dos palmos hasta las cachas y llevárselo por delante, con ellos, al infierno. En España metimos bien la gamba, Bertrand. Cometí el error de darles a esos fulanos lo único que les devuelve su dignidad y su orgullo: un enemigo contra el que unirse, una guerra salvaje, un objeto para desahogar su indignación y su rabia. En Rusia me venció el invierno, pero quien me venció en España fueron aquellos campesinos bajitos y morenos que nos escupían a la cara mientras los fusilábamos. Aquellos hijoputas me llevaron al huerto a base de bien, se lo aseguro. España es un país con muy mala leche.



En fin. Que allí, en Santa Helena, el Enano seguía haciendo memoria. A vueltas con los españoles y el Cid, la cita era algo del tipo «qué buen vasallo fuera si tuviese buen señor». Y es que hay que fastidiarse, Les Cases: a veces uno encuentra escritas verdades como puños. Una gente como aquélla, que hasta las mujeres empujaban cañones y tiraban de navaja para degollar franceses, y fíjese qué gobernantes ha tenido durante toda su desgraciada historia. Mientras el futuro Fernando VII me lamía las botas en Valençay, sus compatriotas destripaban franceses en las guerrillas o tomaban Sbodonovo a puro huevo, como aquel batallón, ¿cuál era? El segundo del 326 de Línea. Hermosa jornada, Bertrand, vive Dios, a las puertas de Moscú. El último vuelo del águila. Aún me parece estar en la colina, respirando el humo de pólvora que subía del campo de batalla, etcétera —en este punto, el Enano torcía la boca en una mueca nostálgica, y las llamas de la chimenea agitaban en su rostro sombras parecidas a recuerdos—. Aquel olor a pólvora, Les Cases. No hay nada que huela igual. El olor de la gloria.

—¿Y sabe qué le digo, Les Cases? Que me quiten lo bailado.

En ese punto, con la imaginación, el Petit Cabrón se trasladaba de nuevo a la colina frente a Sbodonovo, con el campo de batalla extendido a sus pies, recién conquistada por Ney la granja en el vado del Vorosik y el pueblo en manos francesas por la tozudez de un pintoresco batallón de españoles, con todos los mariscales, generales y edecanes aplaudiendo la gesta en el Estado Mayor

imperial, extraordinario, Sire, glorioso día y demás, felicitando al Ilustre como si Sbodonovo lo hubiera tomado él personalmente y no cuatrocientos desgraciados actuando por su cuenta.

—Gran día, Sire.

—He-hermosa ge-gesta, Sire.

—Chupado, Sire. Ahora, tomar Moscú lo tenemos chupado.

Y batían palmas, plas-plas, mientras acudían los ordenanzas con champaña y todo el mariscalato y generalato del Imperio brindaba por la victoria de Sbodonovo haciéndole al Ilustre de claque. Alonsafán, Sire. El zar Alejandro está listo de papeles y cosas como ésa.

Entonces aparece Murat por la falda de la colina. Y las cosas como son: tarugo y fantasma sí que era un rato, el nota, con aquellos rizos y el aire de príncipe gitano vestido para una opereta, cargando a la izquierda en los ajustados pantalones de húsar y con los zarcillos de oro en las orejas, un chapero de lujo es lo que parecía aquella prenda del arte ecuestre. Pero entre él y Ney sumaban, a cada cual lo suyo, el mayor volumen de redaños por metro cuadrado de toda la *Grande Armée*. El caso es que estando los mariscales en plena celebración en torno al Petit, llega Murat negro de pólvora, con la pelliza hecha jirones, tres balazos agujereándole el dolmán y esa mirada que se les pone a los que acaban de echarse una carrera con el cuarto jinete del Apocalipsis, ya saben, uno se levanta y echa a correr, o espolea el caballo para cruzar los mil metros más largos de su vida, sin saber si llegará al final o van a picarle el billete a mitad de camino. El caso es que Murat había bajado a la boca del infierno y ahora estaba de regreso, con un manojo de banderas rusas como trofeo.

—Llegué, vi y vencí, Sire.

Murat no era exactamente lo que entendemos por un tipo modesto. En cuanto a erudición, nunca había ido más allá de deletrear, no sin esfuerzo, el *Manual Táctico de Caballería* del ejército francés, que tampoco era precisamente la *Crítica de la razón pura* de don Emmanuel Kant. «El arma básica de la Caballería —

empezaba el manual— se divide en dos: caballo y jinete…», y así durante doscientas cincuenta páginas. Respecto a lo del llegué y vi, Murat se lo había apropiado de un libro de estampas de sus hijos, algo que un general griego, o tal vez fuera romano, había dicho frente a las murallas de Troya cuando aquella zorra dejó a su marido para escaparse con un tal Virgilio, después de meterse dentro de un caballo de madera. O viceversa. Murat estaba muy orgulloso de haber retenido esa frase, que con la de «Y sin embargo, se mueve», de aquel famoso *condottiero* florentino, el general Leonardo da Vinci, inventor del cañón, constituían la cumbre de sus conocimientos sobre literatura castrense y de la otra.

El caso es que Murat llegó a la cima de la colina, arrojó a los pies del Enano la media docena de banderas rusas que sus húsares y coraceros habían recolectado del campo de batalla tras la feroz carga del 326 de Línea, y dijo aquello de llegué, vi, etcétera, con los generales y mariscales mordiéndose de envidia las charreteras mientras lo criticaban por lo bajini, no te fastidia, Duroc, el niño bonito de las narices. Cualquiera diría que ha ganado la guerra él solo, total por darse una vuelta a caballo por el campo de batalla, cuando eso lo hace cualquier imbécil. Peste de tiempos, Morand, ya va siendo hora de que la Historia aprecie el esfuerzo intelectual que hacemos los del Estado Mayor, parece que en la guerra lo único importante sea ir de un lado a otro pegando tiros como un vulgar cabo furriel. Y encima va y hace frases, el tío, llegó y vio, dice, menudo enchufe tiene ese cabrón. Me pregunto qué le habrá visto el Ilustre para darle tanto cuartelillo. A lo mejor es que, guapo y con ese culo tan ceñido… Usted ya me entiende, Lafleur, aunque no creo yo que el Ilustre navegue a vela y vapor a estas alturas: me fijé en la dama rusa que le mamporreó usted anoche en el vivac, sí, aquella de las tetas grandes que disfrazó de oficial de coraceros para meterla de matute en su tienda. Muy bueno lo de la coraza, Lafleur, je, je. Muy logrado. Todos nos percatamos de que le venía un poco justa. En fin, que ahí tiene usted a Murat, triunfando con sus rizos y

sus banderas y sus *veni, vidi, vici*. Lástima que los artilleros rusos no le hayan hecho la raya en medio con una granada del doce.

Mientras los mariscales intercambiaban *sotto voce* tales muestras de camaradería militar, Murat desmontaba e iba, contoneándose, a cuadrarse ante el Enano.

—Misión cumplida, Sire.

—Me alegro, Murat. Buen trabajo. Glorioso hecho de armas. Una carga heroica y todo eso.

—Gracias, Sire.

El Petit se colocó el catalejo bajo la ceja izquierda para echarle otro vistazo a Sbodonovo. Desde la granja del vado del Vorosik la división de Ney avanzaba, por fin, tras el hundimiento del flanco izquierdo ruso. Al otro lado del río, por la carretera de Moscú, las masas de infantería del zar se retiraban en desorden, hostigadas por la caballería ligera francesa, mientras en las afueras del pueblo, junto al puente, se concentraban las minúsculas manchitas azules del 326 de Línea tras su increíble carga a la bayoneta. Aquello era una victoria más imponente que la de Samotracia. Satisfecho, el Ilustre esbozó media sonrisa, le pasó al mariscal Lafleur el catalejo y, abriéndose el capote de cazadores de la Guardia, introdujo una mano entre los botones del chaleco.

—Cuéntemelo, Murat. Despacito y sin aturullarse, ya sabe. Sujeto, verbo y predicado.

Murat enarcó con dificultad una ceja y se puso a contar. Lo nunca visto, Sire. Toque de carga, mil doscientos jinetes tararí-tararí, o sea, indescriptible, o sea. Y en esto que llegamos junto a los cuatrocientos españoles del 326 justo cuando están a pocas varas de los cañones rusos, o sea, como quien dice, Sire, y resulta de que. Dispuestos a echárseles encima a puro huevo, Sire, supongo que capta el tono del asunto. Bueno, el caso es que cargamos vitoreándolos por su valor, y ellos nos miran con cara de sorpresa, o sea. Parecían incluso indignados, como si mismamente fuéramos a joderles la marrana. No sé si me explico.

—Se explica, Murat. Con cierta dificultad, como de costumbre. Pero se explica. Prosiga.

Y Murat prosigue narrando con su proverbial fluidez, o sea, Sire, los del 326 no esperaban ningún tipo de ayuda, o sea, dispuestos como estaban a hacer todo el trabajo con sus propias bayonetas. Así, tal cual. Por la cara. Mismamente como si fueran autómatas, Sire.

—Autónomos, Murat —corrigió el Enano.

—Bueno, Sire. Autónomos o como se diga. El caso es de que algunos incluso nos insultaban, Sire. «Hijoputas», decían, «qué hacéis aquí. A ver quién os ha dado vela en este entierro».

El Petit hizo un gesto augusto y comprensivo.

—Es lógico, Murat. Ya sabe lo quisquillosos que son los españoles. Honor y demás. Sin duda querían toda la gloria para ellos solos.

—Será eso, Sire —el Rizos fruncía el ceño, no muy convencido—. Porque nos llamaron de todo, o sea, de todo. Y nos hacían cortes de mangas, tal que así, con perdón, Sire. O sea. Algunos mismamente nos apuntaron con sus fusiles, como dudando si pegarnos un tiro.

Nueva sonrisa del Enano, a quien las victorias lo volvían de un indulgente que daba asco:

—Ahí los reconozco, Murat. Sangre fogosa. La furia española.

Murat asintió sin demasiado entusiasmo. Sus recuerdos sobre la furia española databan del 2 de mayo de 1808, jornada que vivió como gobernador militar de Madrid y que con gusto habría cambiado, a ciegas, por una jornada como gobernador militar en Papúa-Nueva Guinea. Por un momento recordó a las majas y chisperos metiéndose entre las patas de los caballos, las viejas tirándole macetas desde los balcones, los chuloputas y los jaques de los barrios bajos convergiendo hacia la Puerta del Sol con aquellas navajas enormes empalmadas, listos para acuchillar a sus mamelucos y coraceros. Fue muy comentado el caso de media docena de granaderos libres de servicio que no se habían enterado del alzamiento ni de nada, los infelices, y seguían tranquilamente

sentados a la puerta de una tasca de Lavapiés, bebiendo limonada y diciéndole piropos a la cantinera, cosas del tipo guapa espagnola, si tu quegueg yo te hagué muy feliz y todo eso. Con la que se había liado por la ciudad y ellos allí, practicando idiomas. Hasta que de pronto vieron doblar la esquina a unos quinientos mil paisanos indignados llevando en brazos el cuerpo de una tal Manolita Malasaña. Cuando, un par de horas después, los compañeros de los granaderos fueron en su busca, los trozos más grandes que pudieron localizar consistían en doce criadillas ensartadas con un espetón en la puerta de la tasca. Sí. A Murat iban a contarle lo que era la furia española.

—El caso, Sire —continuó— es que cargamos con ellos contra los cañones, o sea, de aquella manera, y después, cuando yo reagrupaba a mis jinetes, siguieron corriendo a su aire hacia el pueblo, mismamente detrás de los rusos, y lo cruzaron de punta a punta, tal que así, enrollando a dos escuadrones de caballería cosaca.

—Arrollando, Murat.

—Bueno, Sire. Arrollando o enrollando, el caso es de que a los rusos se los pasaron por la piedra. Fue, o sea… —el Rizos frunció de nuevo el entrecejo, buscando una frase que resumiera gráficamente el espectáculo—. Fue osmérico.

—¿Osmérico?

—Sí. Ya sabéis, Sire: Osmero. Aquel general tuerto que conquistó Troya. El de los elefantes.

IX. Una noche en el Kremlin

El 15 de septiembre de 1812, en la vanguardia de las tropas francesas que entraron en Moscú, íbamos marcando el paso los supervivientes del segundo batallón del 326 de Infantería de Línea, a esas alturas menos de trescientos hombres en razonable estado de salud. El resto se había quedado por el camino, de Dinamarca al campo de prisioneros de Hamburgo, de allí a Vitebsk y Smolensko, y después Valutina y Borodino, con parada y fonda en las baterías rusas y la calle principal de Sbodonovo. La noche anterior la habíamos pasado a orillas del Vorosik, vendando nuestras heridas y enterrando a nuestros muertos, que eran unos cuantos; aproximadamente uno de cada cuatro, pues con tanto raaas-zaca y bang-bang, los cañones rusos y luego los cosacos en la calle principal nos habían dado también lo suyo antes de que los mandáramos a criar malvas. Todavía impresionado por el asunto, el Enano nos había hecho enviar un centenar de botellas de vodka de su tren de campaña personal para felicitarnos por la heroica gesta: cuídeme a esos valientes, Lafleur, antes de que los condecore personalmente en la plaza del Kremlin, ya sabe, dígales de mi parte que olé sus cojones y todo eso. Así que el mariscal Lafleur vino personalmente a traernos el vodka —«bgavos espagnoles, el Empegadog y la Patgia están oggullosos de vosotgos»—, mientras nos cachondeábamos entre las filas, aún tiznados de pólvora, la Patria dice aquí, mi primo, a ver a qué patria se refiere. Y a todo esto sin enterarse todavía de que la intención de los bgavos espagnoles era darse el piro, o sea, abrirnos. Así que dígale a la

Madre Patria que me agarre de aquí, mi mariscal, silvuplé. Y es que hay que ser gabacho, o sea, gilipollas.

En fin. El caso es que al menos el vodka era vodka y que, como nos dijo el capitán García en cuanto Lafleur se quitó de en medio, al mal tiempo buena cara, hijos míos, de momento parece que somos héroes, así que paciencia y a barajar. Ya desertaremos más adelante. Entonces nos quitamos el gusto a pólvora de la boca despachando las cien botellas del Ilustre a la luz de las fogatas. Al beber nos mirábamos unos a otros el careto en silencio, mientras Pedro el cordobés pulsaba las cuerdas de su guitarra, por bulerías.

—Por lo menos —resumió el capitán, que se atizaba unos lingotazos de vodka horrorosos— seguimos vivos.

Era evidente. Seguíamos vivos todos, menos los muertos. Lo peor era que en Sbodonovo habíamos estado a punto de largarnos, y hubiéramos logrado desertar de no ser por la carga de caballería del Petit Cabrón. Como decía el fusilero Mínguez, un gaditano de San Fernando con más pluma que el sombrero de Murat, el Rizos podía haber ido a socorrer a la madre que lo parió, la muy zorra, con todos sus apuestos húsares y coraceros y toda la parafernalia, a un palmo habíamos estado de librarnos de los franchutes y mira, allí seguíamos pintándola, con más mili por delante que el cabo Machichaco. Nos habían jodido Murat y mayo con las flores.

Mínguez hacía estas reflexiones mientras nos zurcía los desgarrones de metralla en las casacas. Tenía buena mano para la aguja y el hilo, y le encantaba echarle una mano al cocinero con el rancho. Era de los veteranos del regimiento de Villaviciosa, alistado voluntario para ir a Dinamarca.

—Con ese nombre, me dije, *Villaviciosa*, tiene que ser un regimiento de lo más guarro.

Mínguez era muy maricón, pero en combate se volvía bravo como una fiera. Amaba en secreto al capitán García, aunque el suyo era un secreto a voces, y en cuanto empezaban los tiros procuraba situarse cerca, bayoneta en mano, dispuesto a defenderlo hasta la muerte como un tigre de Bengala, quítese de ahí, mi capitán, que

van a darle un tiro, por Dios, al ruso que se acerque le saco los ojos. En Sbodonovo, Mínguez se había multiplicado alrededor del capitán, disparando, cargando el fusil, asestando bayonetazos a diestro y siniestro. Cuidado con ése, mi capitán, toma escopetazo, ruso malvado. Cúbrase, mi capitán, que me lo van a desgraciar. Nada, ni caso. Qué cruz de hombre. Así, a lo tonto, Mínguez se había cargado él solo a una docena de cosacos. Al terminar la batalla le chorreaba la sangre por la bayoneta y el cañón del fusil, hasta los codos.

—Lástima de cosacos —se lamentaba después, junto al fuego, mientras zurcía la casaca del capitán—. Ya me hubiera gustado verlos más de cerca, con esas barbazas y tan peludos, los salvajes.

Y le sonreía respetuosamente al capitán, que se dejaba querer, bonachón, porque el fusilero Mínguez era buena persona y nunca se pasaba de la raya. El caso es que aquella noche, a orillas del Vorosik, la guitarra de Pedro el cordobés y el vodka del Petit Cabrón fueron nuestra compañía bajo el cielo de Rusia, mientras los muertos se enfriaban alrededor, descansando por fin en paz, y los vivos rumiábamos en silencio nuestra nostalgia de España y nuestras desgracias. Y al día siguiente, con la casaca zurcida por el fusilero Mínguez, el pequeño y duro capitán García entró en Moscú a la cabeza del 326 de Línea, o sea, nosotros.

La verdad es que fue una entrada con mal pie, sin vítores ni gente mirándonos. El ejército enemigo, mandado por Kutusov, se había retirado con casi toda la población civil, y nuestras botas remendadas sonaban en las calles desiertas, donde sólo el graznar de cientos de cuervos y grajos negros que revoloteaban por los tejados saludó a las victoriosas águilas napoleónicas. Así fuimos adentrándonos en la ciudad, fusil al hombro, preguntándonos adónde iba a llevarnos todo aquello. De momento nos llevó hasta una explanada a orillas del Moskova y junto al Kremlin, entre torres antiguas y cúpulas de iglesias doradas, donde tras las formalidades de rigor el Enano tomó posesión del asunto, muy cabreado porque todos los moscovitas se habían abierto con el ejército ruso y allí dentro no quedaba nadie a quien impresionar con el despliegue, o

sea que nos han jorobado el número, Labraguette, ese Kutusov me la ha jugado, esperaba conquistar una ciudad llena de gente y me entregan otra vacía, como si hubiera pasado por aquí la peste negra. Menudos hijoputas, los ruskis.

—Por lo menos la han dejado intacta —apuntó el general Donzet, siempre oportuno—. Imaginaos si le hubieran prendido fuego, Sire.

El caso es que, con moscovitas o sin ellos, el Ilustre no estaba dispuesto a que le chafasen su parada militar. Así que se nos ordenó formar en la explanada del Kremlin, banderas al viento y demás, con los generales franchutes pasándonos revista para comprobar si estábamos en condiciones de comparecer ante el Petit Cabrón, a ver, cepíllense un poco las botas, saquen pecho, esos chacós erguidos, capitán, qué coño de soldados tiene usted aquí. ¿Cómo dice? Ah, sí, los españoles del 326. Ya veo. Pero que sean ustedes los héroes de Sbodonovo no es excusa para que vayan con esa pinta, las casacas desabrochadas y sin afeitar. El Emperador estará muy impresionado con su bravura y todo lo que quieran, pero como no se aseen un poco les vamos a meter un paquete que se van a cagar por la pata abajo. Así que de frente, ar. Uno dos, up aro, uno dos, up aro. Alto. Fiiiir-mes. Así me gusta, capitán. Disciplina, eso es lo que ustedes necesitan. Mucha disciplina. A ver qué se han creído, aquí, los héroes.

—A mí me la van a dar estos salvajes, Leclerc. A mí, que perdí un primo segundo en Zaragoza y un cuñado en Bailén.



En eso, trompetas y clarines, vista a la derecha y todo lo demás, y el Enano que aparece pasando revista escoltado por los granaderos de la Vieja Guardia, magnífico día, Murat, a ver dónde tiene a esos valientes muchachos. Y todo el gallinero emplumado del Ilustre y compañía que se acerca al 326, oh, mais oui, son éstos, Sire, quién lo iba a decir, tan bajitos y con esas pintas infames, si no lo veo no lo creo, cuántos rusos dice usted que se cargaron en Sbodonovo. Y el capitán García que nos grita presenten armas y se cuadra saludando con el sable, pequeño y moreno con sus patillas de boca de hacha tapándole media cara, diciéndonos entre dientes poned cara de soldados, hijos míos, que no se os note mucho de qué vais. Más vale ser héroes a la fuerza que fusilados por sorteo, uno de cada dos, como aquellos compañeros a los que les echaron el guante en Vitebsk. Y a todo esto el Enano que se para ante García y lo mira de arriba abajo, con una mano entre los botones del chaleco y otra en la espalda, como en las estampas.

—Dígame su nombre, capitán.

—García, mi general. Ejem. Eminencia. Sire.

—A ver, Labraguette. Acérqueme una de esas legiones de honor que tengo reservadas para los valientes.

Sonaron redobles de tambores y un par de toques de corneta, a ver esas condecoraciones que son para hoy, pero las susodichas no aparecían por ninguna parte. El Enano despachó a Labraguette a hacer averiguaciones, y lo vimos regresar al cabo, más corrido que una mona, deshaciéndose en excusas. Las le-legiones de honor se habían pe-perdido en el campo de batalla de Sbodonovo, Sire. Una caja entera, nu-nuevecitas, en el fondo del río. Imperdonable descuido y de-demás.

El Petit fruncía el imperial ceño.

—No importa. Déme la suya.

—¿Perdón?

—Su legión de honor. Démela para este bravo capitán. A usted ya le buscaré otra cuando volvamos a París —el Petit miró la ciudad desierta a su alrededor y pareció estremecerse bajo el capote gris marengo—… Si volvemos.

Labraguette y los mariscales rieron aquello como si fuera una gracia, jé, jé, Sire, muy bueno el chiste. Siempre tan agudo. Pero el Enano miraba a los ojos del capitán García, y éste nunca estuvo muy seguro de si aquella vez, en la plaza del Kremlin, el Enano hablaba en broma o hablaba en serio. El caso es que después de colgarle al cuello la cruz, el Petit pasó entre nuestras filas estrechando algunas manos, bien hecho, muchachos, estoy orgulloso de vosotros. Os vi desde la colina. Algo magnífico. Francia os lo agradece y todo eso.

—¿De dónde eres, hijo?

—De Lepe, Zire.

Después hubo unos trompetazos más, redoble de tambores, y el Ilustre se retiró a ocuparse de sus cosas, no sin antes volverse a su Estado Mayor, tome nota, Labraguette, paga doble para el 326, déjenlos saquear un rato la ciudad con el resto de la tropa, y esta noche los quiero de guardia de honor en el Kremlin. Viva Francia y rompan filas. Ar.

Así que nos fuimos a dar una vuelta por Moscú y practicar un poco el pillaje, que a esas horas estaba siendo ejercido con entusiasmo por todo el ejército franchute. En la ciudad habían

quedado pocos civiles, pero suficientes para que algunos soldados encontrasen rusas a las que violar, con lo que, bueno, se produjeron ciertas escenas poco agradables, de esas que nunca se mencionan en los heroicos partes de guerra militares. En cuanto al 326, después de pasar en Sbodonovo por la máquina de picar carne, no estábamos en condiciones de violar a nadie. Además, seguíamos dispuestos a largarnos a las primeras de cambio, y tampoco era conveniente dejar mal cartel entre los ruskis, que para eso de las violaciones tienen tan buena memoria como el que más. Así que, a renglón seguido de que el capitán García le rompiera la mandíbula de un puñetazo a Emilio el navarro, que intentó propasarse con una mujer en la calle Nikitskaia, todos nos conformamos con vodka, comida y echar mano a vajillas de plata y cosas de esas, incluido un cofre de monedas de oro que descubrimos en casa de un comerciante tras hacerle, durante un rato, cosquillas con las bayonetas. Nos encaminamos al Kremlin al atardecer, cargados de botín, con gorros y abrigos de piel, piezas de seda e iconos de plata. Todos sabíamos que tendríamos que abandonar aquello si lográbamos salir por pies y pasarnos por fin a los rusos, pero hicimos buena provisión, por si acaso. Y durante unas pocas horas, infelices de nosotros, fuimos los soldados más ricos de Europa.



Esa noche montamos guardia en las murallas exteriores del recinto sagrado, en el corazón del imperio ruso, lo que a tales alturas del asunto nos impresionaba un carajo de la vela, mi capitán, para impresión la de los cañones ruskis dándonos cera en Sbodonovo, o los dos escuadrones cosacos cargándonos por las bravas en la calle principal. Después de eso, tanto nos daba estar en el Kremlin o en el Vaticano. El caso es que, impresionados o no, cumplimos el honor que nos dispensaba el Ilustre asomados a las murallas, escuchando los cantos y la juerga de los franchutes que iban con antorchas de un lado para otro por la ciudad desierta. De vez en cuando llegaban hasta nosotros ruido de tiros aislados, carcajadas o el grito de una mujer.

A eso de la medianoche, el capitán García estaba apoyado en las almenas que daban a la ciudad vieja, encendiendo una tagarnina que había encontrado el día anterior en los bolsillos de un oficial de cosacos muerto. Sonaba en la oscuridad la guitarra de Pedro el cordobés, y alguien, uno de los centinelas inmóviles como sombras negras, tarareaba entre dientes una copla. Algo de una niña que espera y un hombre que está lejos, huido a la sierra. En esto García oyó unos pasos y, cuando se disponía a preguntar alto quién vive, santo y seña y toda esa jerga que suele barajarse antes de descerrajar un tiro, apareció el Enano en persona. Iba envuelto en su capote gris, inconfundible a pesar de la oscuridad. No había nadie tan bajito ni con un sombrero tan enorme en toda la *Grande Armée*.

—Buenas noches, capitán.

—A sus órdenes, Sire —García, cortadísimo, se cuadraba con un taconazo—. Sin novedad en la guardia.

—Ya veo —el Ilustre se apoyó en la muralla, a su lado—. Descanse. Y puede seguir fumando.

—Gracias, Sire.

Estuvieron un rato inmóviles los dos, el uno junto al otro, escuchando la guitarra del cordobés y la copla del centinela. García, que no las tenía todas consigo, observaba de reojo el perfil del

Ilustre, iluminado apenas desde abajo por una hoguera que ardía al pie de la muralla. A quien le digan, pensaba, que estoy a dos palmos del fulano que tiene en el bolsillo a media Europa y acojonada a la otra media. Instintivamente rozó la culata de la pistola que llevaba al cinto, imaginando lo que ocurriría si le soltaba un tiro al Petit Cabrón así, por las buenas. ¿Qué dirían los libros de Historia…? *Napoleón Bonaparte, nacido en Córcega, muerto en las murallas del Kremlin por un capitán español. Véase Capitán García*… Y en la letra G: *García, Roque. Capitán de infantería. Mató a Napoleón de un pistoletazo en las murallas del Kremlin. Eso aceleró la liberación de España, pero García no estaba allí para disfrutar del asunto. Juzgado sumariamente por un tribunal militar francés, fue fusilado al amanecer*… Con un suspiro, el capitán apartó la mano de la culata. Figurar en los libros de Historia no era la pasión de su vida.

—¿Por qué lo hicieron, capitán?

Sobresaltado, García tragó saliva.

—¿Por qué hicimos qué, Sire?

—Aquello de Sbodonovo, ya sabe —el Enano hizo una pausa y al capitán le pareció que reía quedamente, en la penumbra—. Avanzar así hacia el enemigo.

García tragó más saliva mientras se rascaba el cogote, indeciso. Más tarde, al contarnos el episodio, confesaría que hubiera preferido hallarse otra vez frente a los cañones rusos que allí, intimando con la realeza imperial. Por qué lo hicimos, preguntaba el Petit Cabrón. Sin embargo, unos cuantos porqués sí tenía nuestro capitán en la punta de la lengua. Por ejemplo: porque pretendíamos largarnos y se nos fastidió el invento, Sire. Porque ya está bien de tanta gloria y tanta murga, tenemos gloria para dar y tomar, gloria por un tubo, Sire. Porque esto de la campaña de Rusia es una encerrona infame, Sire. Porque a estas horas tendríamos que estar en España, con nuestros paisanos y nuestras familias, en vez de estar metidos hasta las cejas en esta puñetera mierda, Sire. Porque la Frans nos la trae floja y Vuecencia nos la refanfinfla, Sire.

Eso es lo que tenía que haberle dicho el capitán García al Ilustre aquella noche en la muralla del Kremlin, con lo que nos hubieran fusilado a todos en el acto y santas pascuas, ahorrándonos la retirada de Rusia que nos esperaba días más tarde. Pero no se lo dijo, por las mismas razones que momentos antes le impidieron pegarle un tiro. Se limitó a dar una fuerte chupada a la tagarnina y dijo:

—No había otro sitio a donde ir, Sire.

Sobrevino un silencio. Entonces el Enano se volvió despacio a nuestro capitán, y en ese momento alguien avivó la hoguera de abajo y el resplandor iluminó un poco más el rostro de los dos hombres. Y el Ilustre sonreía a medias, entre irónico y comprensivo, como el viejo zorro que les da cuartelillo a las gallinas del corral. García sostuvo aquella sonrisa y la mirada del Ilustre sin apartar la vista ni pestañear, porque el capitán, a pesar de ser un pobre desgraciado como todos nosotros, era de Soria y tenía lo que hay que tener, y porque tanto él como el Petit, en el fondo, eran soldados profesionales y se estaban entendiendo sin palabras.

—Se dio cuenta —nos diría el capitán, más tarde—. Ese tío sabía que en Sbodonovo nos quisimos largar. Se dio cuenta pero le importa un carajo… Su instinto le dice que la *Grande Armée* tiene los días contados, y ni él mismo está seguro de salir bien de ésta.

Eso es lo que nos contó García. De una u otra forma, lo cierto es que al Enano debió de gustarle lo que había en los ojos de nuestro capitán, porque éste observó que le echaba un vistazo al cuello de la casaca, de donde García se había quitado por la tarde la legión de honor, y no hizo ningún comentario, sino que acentuó su extraña media sonrisa.

—Comprendo —se limitó a decir.

Y dando media vuelta, hizo ademán de alejarse. Pero a los dos pasos se detuvo, como si hubiese olvidado algo.

—¿Hay algo que pueda hacer por usted, capitán? —preguntó sin volverse.

García se encogió de hombros, consciente de que el Ilustre no podía ver su gesto:

—Mantenerme vivo, Sire.

Hubo un largo silencio. Después, la espalda del Petit Cabrón se movió imperceptiblemente.

—Eso no está en mi mano, capitán. Buenas noches.

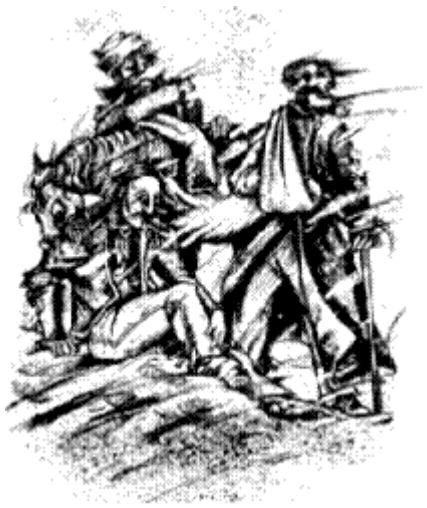
Y el emperador de Francia se alejó lentamente por la muralla.

García lo estuvo mirando hasta que desapareció entre las sombras. Después se encogió de hombros por segunda vez. La tagarnina se había apagado, así que fue al resguardo de la almena para encender el chisquero. Entonces se dio cuenta de que la guitarra de Pedro el cordobés se había interrumpido y el centinela ya no cantaba su copla. Se asomó a la muralla, inquieto, y entonces vio el resplandor rojo que crecía en la zona este de la ciudad.

Moscú estaba en llamas.

X. El puente del Beresina

Fue un largo camino y una larga agonía. El 326 se había ido diluyendo a retaguardia en el barro, la nieve y la sangre desde aquella noche del incendio, cuando el capitán García cambió unas palabras con el Enano en las murallas del Kremlin. Incapaz de sostenerse en la ciudad, con el invierno encima, el Ilustre convocó a sus mariscales y generales para tocar retirada, o sea, caballeros, a casita que llueve. Y empezó el viacrucis: trescientos mil hombres iban a quedarse en el camino, jalonando aquella tragedia con nombres de resonancia bárbara: Winkowo, Jaroslawetz, Wiasma, Krasnoe, Beresina… Columnas de rezagados, combates a quemarropa en la nieve, hordas cosacas acuchillando a espectros en retirada demasiado embrutecidos por el frío, el hambre y el sufrimiento para oponer resistencia, así que puede irse usted directamente al carajo, mi coronel, no pienso dar un paso más, etcétera. Batallones exterminados sin piedad, pueblos ardiendo, animales sacrificados para comer su carne cruda, compañías enteras que se tendían exhaustas en la nieve y ya no despertaban jamás. Y mientras caminábamos sobre los ríos helados, envueltos en harapos, arrancando las ropas a los muertos, pasando junto a hombres sentados inmóviles y rígidos, con los copos de nieve cubriéndolos lentamente como estatuas blancas, el aullido de los lobos nos seguía a retaguardia, cebándose con los cuerpos que dejábamos atrás en la retirada. ¿Se imaginan el panorama…? No, no creo que puedan. Hay que haber estado allí para imaginar eso.



Un tercio de los soldados de la *Grande Armée* no éramos franceses, sino españoles, alemanes, italianos, holandeses, polacos, enrolados de grado o por fuerza en la empresa imperial. Algunos afortunados consiguieron largarse. Muchos compatriotas del regimiento José Napoleón lograron escabullirse en la retirada y terminaron alistados en el ejército ruso, donde con el tiempo tuvieron ocasión de devolverles ojo por ojo a los antiguos aliados gabachos. Emotivos diálogos del tipo hola, Dupont, qué sorpresa. ¿Te suena mi cara? Sí, hombre. Yo soy Jenaro el de Vitebsk, cómo no te vas a acordar, si cuando intentamos desertar y tú eras coronel ordenaste fusilar a uno de cada dos, haz memoria: uno, dos, bang, uno, dos, bang. Fue muy ingenioso, Dupont, de verdad. Todavía me estoy descojonando de risa. Y aquí me tienes ahora, al final lo hice, de sargento ruso a pesar de este acento malagueño mío que no se puede aguantar. Las vueltas que da la vida, Dupont, camarada, cómo lo ves. Mira, de momento te voy a rebanar los huevos despacito, en recuerdo de los viejos tiempos, sin prisas. Tenemos todo el invierno por delante.

Eso los que tuvieron suerte. Otros desaparecieron por las buenas, perdido su rastro para siempre entre los fugitivos, los rezagados y los muertos; cayeron prisioneros o fueron fusilados por los franchutes en los primeros momentos del desastre, cuando aún

se intentaba mantener cierta apariencia de disciplina. En cuanto al 326 de Línea, los azares del destino y de la guerra nos impidieron repetir el intento de deserción en los primeros momentos de la retirada. Después, cuando todo empezó a desmoronarse y aquello se convirtió en una merienda de negros, los merodeadores rusos, la caballería cosaca y el odio de la población civil que dejábamos atrás desaconsejaban alejarnos del grueso del ejército. En nuestra misma división, los supervivientes de un batallón italiano que intentó entregarse a los ruskis fueron degollados, desde el comandante al corneta, sin darles tiempo a ofrecer explicaciones, o sea, ni *ochichornia tovarich* ni espaguetis en vinagre. Italiani degollati. Tutti. Vete a andarle con sutilezas a un cosaco.

Una vez, en el camino de Kaluga, creímos llegada la ocasión. Llovía a mantas como si se hubieran abierto de golpe todas las compuertas del cielo, ríos de agua repiqueteando en los charcos y el barro del camino donde nos hundíamos hasta los tobillos. El día anterior habíamos intercambiado disparos con infantería ligera rusa que se movía por nuestro flanco, e hicimos algunos prisioneros; así que, aprovechando la lluvia y la confusión de la jornada, al capitán García se le ocurrió utilizarlos para que aclarasen el asunto a sus compatriotas y éstos nos recibieran con los brazos abiertos en vez de a tiros. García convocó a dos de los prisioneros, un comandante y un teniente joven, y les explicó nuestro plan.

—Aquí todos *tovarich*, y los franzuskis a tomar por saco. ¿Me explico?

Los Iván dijeron que sí, que vale, que de acuerdo, y nos pusimos en marcha bajo la lluvia, por el camino que conducía a través de un bosque espeso y embarrado. Todo fue de maravilla hasta que se nos acabó la suerte, y en lugar de encontrarnos con tropas regulares rusas topamos de boca con una horda de caballería cosaca que no dio tiempo ni a gritar nos rendimos. Cargaron por todos lados aullando hurras como salvajes, con los caballos chapoteando en el barro. Al comandante ruso se lo cepillaron a las primeras de cambio, en el barullo, justo cuando abría la boca para decir hola. En cuanto

al teniente, salió por piernas y no volvimos a verlo más. Aquello terminó en un sucio combate entre los árboles, ya saben, pistoletazos a bocajarro y sablazos, bang-bang y zas-zas dale que te pego, con los ruskis yendo y viniendo mientras nos ensartaban con aquellas jodidas lanzas suyas tan largas. El caso es que perdimos veinte hombres en la escaramuza, y salvamos la piel porque unos húsares que andaban cerca acudieron a echarnos una mano y pusieron en fuga a los Iván.

—Hay que joderse, François. En toda esta puta guerra nunca me he alegrado tanto de verle el careto a un gabacho como hoy a ti.

—¿Pardón? ¿Quesque-vou-dit?

—Nada, colega. Olvídalo.

En fin. Ya fuera por casualidad, o bien porque los húsares viesen algo extraño en la situación y transmitieran sus sospechas, a partir de entonces nos vimos mucho más vigilados. Dejaron de asignarnos misiones que nos alejaran del grueso de la tropa, y al 326 se le mantenía siempre entre otras unidades gabachas, imposibilitando cualquier nuevo intento de pasarnos al enemigo.

Después vino la nieve, y el hielo, y el desastre. Los trescientos y pico españoles que habíamos salido de Moscú con el 326 quedamos reducidos a la mitad entre Smolensko y el Beresina. Cada amanecer, el capitán García, con un gorro cosaco de piel en la cabeza y estalactitas de escarcha en las patillas y el bigote, nos levantaba a patadas del suelo helado, arriba, joder, en pie, maldita sea vuestra estampa, idiotas, si os quedáis ahí estaréis muertos dentro de un par de horas, oíd cómo aúllan los lobos oliendo el desayuno. Arriba de una vez, pandilla de inútiles, aunque sea a patadas en el culo tengo que devolveros a España. Algunos, sin embargo, ya no se levantaban, y García, vencido, sorbiéndose lágrimas de impotencia y rabia que se le helaban en la cara, ordenaba coged los fusiles y vámonos de aquí, y la tropa se ponía en marcha sobre la llanura helada por la que soplaba un viento frío como la muerte, dejando atrás, cada vez, cuatro o cinco bultos inmóviles en la nieve. Caminábamos apiñados, inclinados hacia adelante, entornados los

ojos para no quedar cegados por el resplandor blanco que nos quemaba los párpados. Y al rato escuchábamos a los lobos aullar de placer, disfrutando el festín que les abandonábamos a nuestra espalda. Se habían vuelto tan sibaritas y había tanto donde elegir que ya no jalaban sino de suboficial para arriba.



Una vez, la última que lo vimos, llegó el Enano cabalgando junto a nosotros. Ya nadie en lo que quedaba del ejército franchute levantaba el chacó para gritar viva el Emperador y todo eso, sino que se le acogía en todas partes con un hosco silencio. Los del 326 estábamos en un pueblo quemado hasta los cimientos, buscando inútilmente algo de comida entre los tizones que negreaban en la nieve, cuando apareció con varios oficiales de su Estado Mayor y una escolta de la Guardia. Ya no estaban allí el mariscal Lafleur ni el general Labraguette: el primero cayó prisionero de los rusos en Mojaisk, y el segundo había tartamudeado un último «po-podéis iros a la mi-mierda, Sire», antes de salir de la fila, sentarse bajo un abedul y saltarse la tapa de los sesos de un pistoletazo. El caso es que el Enano se dejó caer por allí, junto a aquel pueblo calcinado, y le preguntó al capitán García cómo se llamaba el lugar. Por supuesto que no reconoció al 326. Había pasado mucho tiempo desde Sbodonovo y la muralla del Kremlin, y además a García o a

cualquiera de los que seguíamos vivos no nos hubiera reconocido en ese momento ni la santa madre que nos parió. El asunto es que García se quedó mirando al Petit Cabrón sin responder, allí de pie en el suelo helado, pequeño y cetrino con su gorro de cosaco y sus bigotes blancos de escarcha.

—¿No has oído la pregunta, soldado? —insistió el Enano.

García se encogió de hombros. Los que estaban cerca de él juran que reía entre dientes.

—No sé cómo se llama el pueblo —dijo—. Ni lo sé ni me importa.

No añadió Sire ni Vuecencias en vinagre. Lo que hizo fue sacar del bolsillo su legión de honor, aquella que el Ilustre le había colgado al cuello en el Kremlin, y arrojarla a sus pies, sobre la nieve. Un coronel de la Guardia hizo ademán de sacar el sable de la vaina, pero el Enano lo detuvo con un gesto. Miraba a nuestro capitán como si su rostro le fuera familiar, esforzándose inútilmente por reconocerlo, hasta que al fin se dio por vencido, volvió grupas y se alejó con su escolta.

—Hijo de la gran puta —dijo García entre dientes, mientras el Petit Cabrón salía para siempre de nuestras vidas. Y ése fue su último parte de guerra.

Proseguimos la marcha hacia el oeste. Ya apenas quedaban caballos. Algunos regimientos se reducían a unas docenas de hombres, y los mariscales y generales caminaban a pie, como la tropa, empuñando el fusil para defenderse del merodeo de los cosacos: es terrible, Duchamp, parbleu, dos mariscales de Francia como somos usted y yo, y aquí estamos, a pie y con nuestro currículum, codeándonos con la soldadesca, imagine qué dirían en Fontainebleau si nos vieran con esta pinta. Se ha salido de madre el invento, Duchamp, se lo digo yo. Bien nos la endiñó doblada, el Ilustre. Y es que ya no hay guerras como las de antes, ¿verdad? Recuerde ese paso del San Bernardo. Ese sol de Austerlitz. Esos burdeles de El Cairo… Pero no presta usted atención a lo que le digo, estimado colega. ¿Cómo…? Anda, pues tiene razón. Los cosacos. A correr tocan. Más ritmo, Duchamp, más ritmo. Up, dos,

up, dos. Más ritmo que nos trincan. Up, dos, cof, cof. Maldito tabaco, Duchamp. ¿Sabe lo que le digo…? Esta guerra es una puñetera mierda.

Oficiales y soldados desertaban por la vía rápida, o sea pegándose un tiro, mientras centenares de infelices nos seguían rezagados, sin armas, y a veces los Iván eran tan osados que llegaban hasta nosotros y se cargaban a alguno de un lanzazo o lo sacaban fuera de las filas para rematarlo a golpes de sable y apoderarse de lo que llevara encima, mientras el resto continuaba caminando, embrutecidos e indefensos como un rebaño de ovejas camino del matadero. A finales de noviembre, las unidades con capacidad de combatir en buen orden eran muy pocas en el ejército franchute. Y así llegamos a las orillas del Beresina.

La cuestión era simple. Los rusos intentaban cortar allí nuestra retirada, y durante tres días peleamos por salvar el pellejo contra un ejército enemigo que atacaba de frente para estorbar el paso, y contra otro que nos acometía por la espalda intentando empujarnos al río. Unos cuantos zapadores gabachos, metidos en el agua hasta la cintura y rompiendo el hielo a hachazos, mantuvieron en funcionamiento varios puentes de madera por los que, de modo casi milagroso, buena parte del ejército pudo ponerse a salvo. En cuanto a los supervivientes del 326, llegamos a la orilla izquierda del Beresina al atardecer del 28 de noviembre, combatiendo junto a los restos de un regimiento italiano que, sumado a nuestro centenar de hombres, apenas totalizaba los efectivos de una compañía. A los italianos los mandaba un coronel flaco que murió a media mañana, recayendo el mando en un comandante a quien le volaron la cabeza a media tarde. Eso convirtió a nuestro capitán García en jefe de la unidad. Algunos, italianos incluidos, abogábamos por tirar las armas y quedarnos en la margen izquierda del río hasta que los rusos se hicieran cargo del asunto, pero por todas partes encontrábamos grupos de rezagados que habían pensado lo mismo y que estaban siendo acuchillados por los cosacos borrachos de vodka y de victoria, cuyos *hurras* y *pobiedas* atronaban la cuenca del Beresina. Así que,

tras meditarlo un rato, nuestro capitán decidió ganar los puentes antes de que los franceses nos los volaran en las narices.

—La cosa está clara, hijos míos —dijo señalando hacia el oeste, al otro lado del río—. Tal y como están las cosas, a España sólo se va por ahí.

El sargento Ortega se puso a protestar, diciendo que lo mejor era quedarse atrás y entregarse a los rusos. Algunos de nosotros aún dudábamos, y García se dio cuenta. Se iba haciendo de noche y no quedaba mucho tiempo para dimes y diretes. Así que agarró un fusil, se fue hacia Ortega y le saltó los dientes de un culatazo.

—Insisto —dijo, volviendo a señalar hacia el otro lado del río—. A España se va por allí.

Después se cargó a hombros a Ortega, que estaba sin conocimiento, y nos pusimos de nuevo en marcha.

La noche fue espantosa. Peleamos sin tregua retrocediendo hacia el río con los rusos pegados a los talones, pasando entre cadáveres, heridos y agonizantes, carros volcados y cosacos entregados al saqueo y al degüello. Masas ingentes de rezagados, centenares de hombres harapientos, vagaban a merced de los ruskis, se calentaban en fogatas de fortuna, palmaban de frío sobre la nieve. Y al amanecer, cuando empezaron a volar los puentes, todos aquellos desgraciados parecieron despertar de su letargo y entre gritos se abalanzaron sobre los que quedaban en pie, cruzando mientras estallaban las cargas, pisoteándose unos a otros para precipitarse entre las llamas y el humo de las explosiones a las aguas heladas del río.

Fue la leche. Llegamos al último puente cuando los zapadores ya prendían fuego a las mechas de los explosivos. Lo hicimos alejando con las bayonetas a los cosacos que pretendían cogernos prisioneros, retrocediendo a tropezones sobre los heridos y los muertos que nos obstruían el paso. Cruzamos el puente pegando tiros casi a ciegas, roncos de desesperación y pavor, con el capitán García que paraba y devolvía sablazos con la espalda apoyada en los maderos del lado izquierdo y azuzaba a los rezagados, vamos,

cagüentodo, vamos, cruzad ya hijos de la gran puta, cruzad o no volveréis a casa jamás, cruzad antes de que el diablo nos lleve a todos. Y un pequeño grupo congregado a su alrededor, gritando *¡Vaspaña!, ¡Vaspaña!* para reconocernos unos a otros en mitad de aquella locura, bayonetazo va y bayonetazo viene, y la artillería ruski raaas-zaca-bum, y la metralla zumbando por todas partes, y los cosacos *¡Hurra, pobieda!*, clavándonos las lanzas y degollando a mansalva, en una orgía de vodka y sangre. Y el fusilero Mínguez disparando pistoletazos mientras le tira a García de la manga, vamos para atrás que están ardiendo las mechas, mi capitán. *¡Vaspaña!* Eso es, mi capitán, vámonos a España de una puta vez. Y en esto, de pronto, más cosacos que llegan y se amontonan en el lado izquierdo del puente, y el capitán con un sablazo en la cara, la hemorragia chorreándole por las patillas y el mostacho, esto se acaba, hijos míos, corred, salid de aquí, corred, maldita sea mi sangre. Y los últimos echamos a correr y él nos sigue cojeando, apoyándose en Mínguez que lo sostiene con una mano mientras en la otra lleva una bayoneta. *¡Vaspaña! ¡Vaspaña!* Y Mínguez nos grita esperad, hijos de puta, no podéis dejar aquí al capitán, esperad. Y de pronto ya no puede más y deja caer sentado al capitán y se vuelve hacia los cosacos empuñando la bayoneta. Y los últimos del 326, que ya ganamos la otra orilla, nos volvemos a mirar por última vez a Mínguez de pie entre la humareda de pólvora, erguido en mitad del puente, las piernas abiertas con desafío y el capitán García agonizando abrazado a una de ellas. A Mínguez que está vuelto hacia los cosacos a los que corta el paso y grita *¡Vaspaña!* mientras le hunde la bayoneta a uno de ellos en la garganta y los demás le caen todos encima, y en esto que el puente salta por los aires bajo sus pies y Mínguez se larga, con su capitán, derecho a ese cielo donde van, con dos cojones, los maricones de San Fernando que también son pobres soldaditos valientes.

Epílogo

Un año y medio después del incendio de Moscú, la tarde del último día de abril de 1814, once hombres con una vieja guitarra cruzaron la frontera entre Francia y España. Algunos cargaban hatillos al hombro y aún podían reconocerse, en sus ropas hechas jirones, los restos azules del uniforme francés. Llevaban los pies envueltos en botas destrozadas y harapos. Enflaquecidos y exhaustos, barbudos, sucios, parecían una manada de lobos vagabundos y acosados, en busca de un lugar donde refugiarse, o donde morir.

Caminaban en grupos de dos o tres, con algún rezagado. Caía un sol de justicia, y los aduaneros franceses, protegidos bajo la garita donde ondeaba la flor de lis de los recién restaurados Borbones, los dejaron pasar con indiferencia al cabo de un breve diálogo del tipo mira, Dupont, ahí viene otro grupo, creo que no merece la pena pedirles papeles, ya se las entenderán con los de la aduana española. Y les permitieron seguir adelante, moviendo despectivos la cabeza hasta que se perdieron de vista. Ni eran los primeros, ni serían los últimos. Tras la caída del Monstruo, confinado ahora en la isla de Elba, los caminos de Europa estaban llenos de emigrados, antiguos prisioneros y soldados que regresaban a casa. Aquellos once escuálidos fantasmas, con las encías roídas por el escorbuto y ojos enrojecidos por la fiebre, eran cuanto quedaba en pie del segundo batallón del 326 regimiento de Infantería de Línea, después de vagar por los campos de batalla de media Europa. Los héroes de Sbodonovo.

El sol caía vertical en el camino de Hendaya a Irún. Pedro el cordobés levantó la cabeza, palpándose la venda mugrienta que le cubría la cuenca del ojo perdido en el cruce del Beresina, y preguntó si ya estaban en España. Alguien dijo que sí, señalando una garita en la revuelta del camino, desde la que dos hoscos carabineros los miraban acercarse, observando con creciente desconfianza el aire francés de sus destrozados uniformes. Entonces Pedro el cordobés desató la guitarra de su espalda y, con cierta dificultad porque le faltaba una cuerda, pulsó las primeras notas de una melodía lenta, nostálgica. Algo sobre una mujer que espera, y un hombre huido a la sierra. Aquellas notas se habían dejado oír una vez en las murallas del Kremlin. Y ahora sonaban, apagadas y tristes, en el aire caliente de la tarde.

La Navata, julio de 1993



ARTURO PÉREZ-REVERTE. Se dedica en exclusiva a la literatura, tras dejar su carrera de reportero de prensa, radio y televisión, cubriendo informativamente conflictos internacionales. De su producción literaria destacan títulos como *El húsar* (1986), *El maestro de esgrima* (1988), *La tabla de Flandes* (1990), *El club Dumas* (1993), *La sombra del águila* (1993), *Territorio comanche* (1994), *La piel del tambor* (1995), *La carta esférica* (2000), *Con ánimo de ofender* (2001), *La Reina del Sur* (2002), *Cabo Trafalgar* (2004), *El pintor de batallas* (2006), *Un día de cólera* (2007), *Ojos azules* (2009), *Cuando éramos honrados mercenarios* (2009) y la colección *Las aventuras del capitán Alatriste*, iniciada en 1996. Estos títulos consolidan una espectacular carrera literaria más allá de nuestras fronteras, donde ha recibido importantes galardones literarios, entre los cuales cabe destacar el Grand Prix de literatura policíaca de Francia (1993) y Premio Palle Rosenkranz de Dinamarca por *El club Dumas* (1994) o el premio Jean Monnet de literatura europea por *La piel del tambor* (1997). En 1998 es nombrado Caballero de la Orden de las Letras y las Artes de Francia; en 2003, miembro de la Real Academia Española y en 2004, primer Doctor Honoris Causa de la Universidad Politécnica de Cartagena.